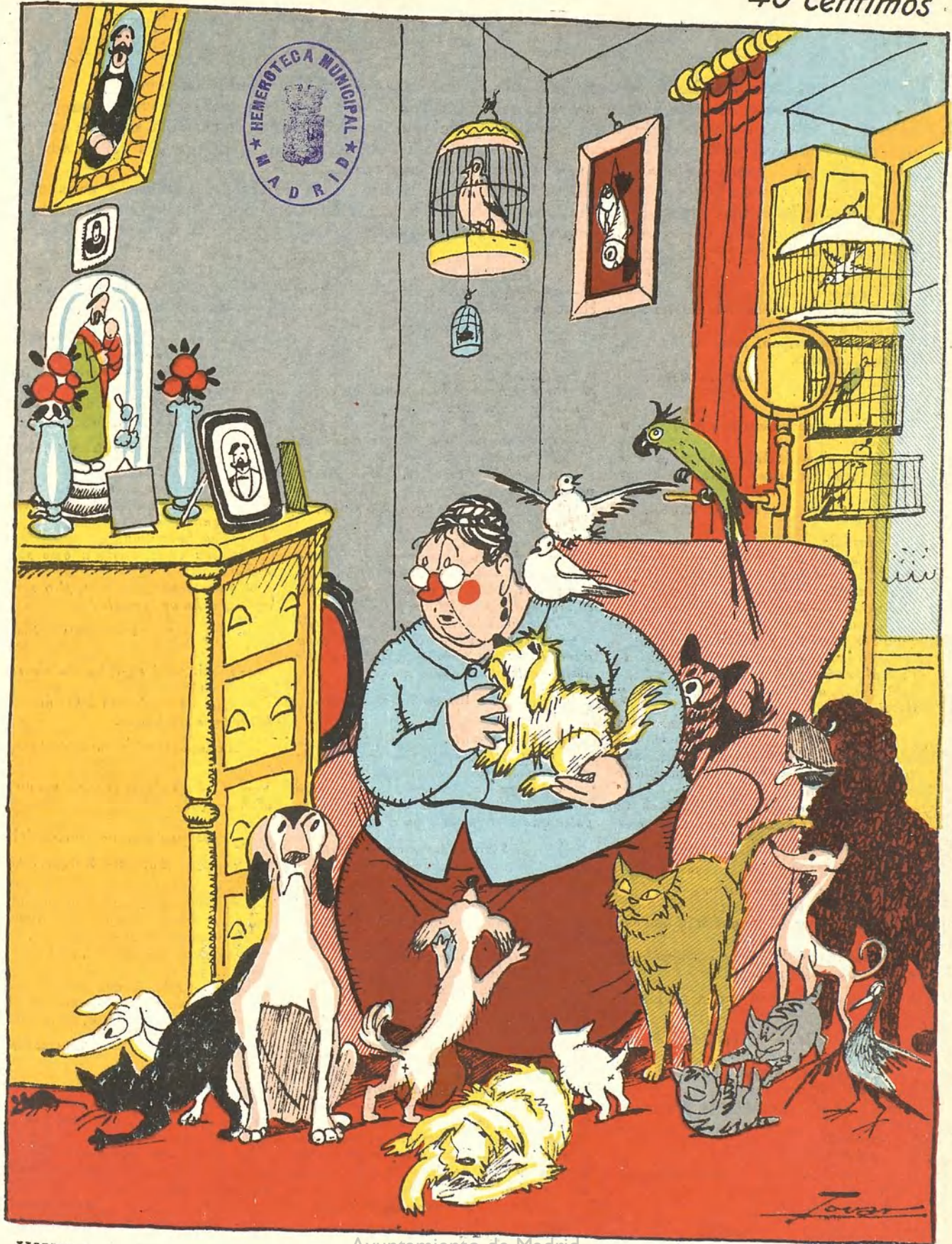


BUEN HUMOR

40 Céntimos



VIUDA

Ayuntamiento de Madrid

— ¡Esposo mío; qué sola me dejaste en el mundo!

Dib. TOVAR. — Madrid.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— De paseo, ¿eh?
— No; voy a comprar unas coronas.
— ¿Para negociarlas?
— No, hombre, no; para un pariente que se ha muerto.

MASTO. — Madrid.

— ¿En qué se parece una luna rota a los meses?
— En que en la luna rota todos son añicos, y en los meses todas son semanales.

RACUYA. — Madrid.

Un brindis.

Se celebraba un banquete en la Embajada de Francia, y entre los comensales figuraban los embajadores de Inglaterra, Austria y Francia.

Cuando llegaron los brindis, alzó su copa el embajador francés y dijo:

— Brindo por el Sol naciente (refiriéndose al joven Rey Luis XV).

A continuación brindó el de Austria y dijo:

— Brindo por la Luna y las estrellas fijas (refiriéndose a su Reina Ana María.)

Conocido el orgullo inglés, se esperaba con expectación el brindis del embajador británico, quien dijo así:

— Brindo por Josué, que detuvo en su carrera al Sol, a la Luna y a las estrellas

TON Y TAN.

En la taquilla de un teatro.

EL SEÑOR. — Una butaca.

EL TAQUILLERO. — No queda ni una entrada... general.

LA SEÑORA. — Ya te han conocido, y eso que vienes de paisano.

C. A. DEMARÉ.

— ¿Cuál es la población de España que ha visto primero el Sol?

— Antequera, porque ¿no dicen que sale el Sol por Antequera?

— ¿Y la población que tiene luna propia?

— Valencia.

— ¿Y la más calurosa?

— Badalona, porque siempre va de lona.

— ¿Y la más alegre?

— Madrid, porque de allí viene el BUEN HUMOR.

TOSQUILLA. — Barcelona.

Entre ciegos.

— Mira, voy a hacerte un chiste malo.

¿Por qué se ha hecho tan popular el cuplé del «Hay que ver...»?

— No sé.

— Pues porque lo cantamos nosotros. No veo el chiste.

— ¡Clarol! Si eres ciego, ¿cómo vas a verlo?

JOSE BARÓ BOTELLA. — Madrid.

Van a visitar a unos nuevos ricos unos amigos, y observan que todos los cuadros, fotografías y dibujos los tienen colocados en la pared, sin malduras, y les dicen:

— ¿Cómo es que tienen ustedes esto así?

— Ya comprenderán ustedes que, dada nuestra posición, sería denigrante adquirir marcos estando tan baratos.

ENRIQUE SORIA. — Madrid.

En un restaurante.

— Oiga usted, camarero, ¿que me ha sacado este pescado con pelos!

— Dispense el señorito, pero es que este pescado se llama raya. ¿Cómo quiere usted que le saque la raya sin pelo?

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

Ante el juez.

— Acusado, ¿porque no restituyó usted el billete de mil pesos que vió caer del bolsillo de esta señora?

— Pero ¡si yo lo he restituido!

— ¿A quién?

— ¡A la circulación!

EMILIANO CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

En los toros.

EL MOCHALES (casi en deshábille después de uno de los innumerables revolcones que lleva gozados). — Señor presidente, yo no mato a este toro... No es que me raje, no... Es agradecimiento. ¿Cómo quiere usía que quite yo la vía a un animá que me la está perdonando a mi dende que ha zalío?

UN CHISTOSILLO. — Madrid.

Murió un gitano muy embustero, y al llevarlo al cementerio, decía la viuda vertiendo grandes lagrimones:

— ¡Adiós, cuerpo lleno de verdades!

— ¡Cómo! — exclamó uno que conocía muy bien al difunto —. Pero si en su vida dijo una verdad.

— Por eso — contestó la viuda —. Por eso las lleva todas dentro del cuerpo.

TOLET. — Río Martín (Marruecos).

Está un pollo esperando a su novia frente a un taller de modistas. Pasa un amigo y le pregunta:

— ¿Qué haces aquí?

— Estoy esperando a que salga la Aurora.

— Pues tienes para rato. ¡No son más que las ocho de la noche!

PEDRO SORIA. — Madrid.

— Papá, ¿qué significa eso de secreto telegráfico?

— Que los empleados deben mandar los telegramas sin leerlos.

EMILIANO CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

— ¿Qué resultaría si regalases un perro a un amigo?

— ¡...!

— ¡Pues resultaría un can...-dado!

BOTINES. — Turleque (Toledo).

Dos caballeros, que caminan rápidamente, se dan un terrible encontronazo al doblar una esquina; uno de ellos, llevándose la mano al sombrero, dice muy finamente:

— Señor mío, ignoro cuál de los dos tiene la culpa: si ha sido mía, usted dispense; si ha sido de usted, no hay de qué.

T. LARES SARAC.

En la plaza de Oriente.

EL GUÍA (señalando a las estatuas) —. Este es Alfonso VI, este otro don Ramiro, y aquel...

EL FORASTERO (señalando a uno que pasa por allí) —. Aquél es Agapito Segundo, uno de mi pueblo.

MASTO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Guillermo Garijo, de Bilbao.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al número 76
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

Verificado públicamente el sorteo correspondiente al mencionado Concurso, resultaron agraciados los *piertetiempistas* siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de la lotería nacional, número 29.831, para el primer sorteo del corriente mes, a D. José Marcos Domínguez, cuyo domicilio ignoramos.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de la lotería nacional, de igual número y para el mismo sorteo que el anterior, a D. Juan Garmendia, de Portugalete (Vizcaya).

TERCER PREMIO. — Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR, a contar desde primero del mes actual, a D.ª Elena Jiménez Castro, plaza de España, 4, Madrid.

La veleidosa Fortuna, aliada impenitente de los *piertetiempistas*, ha tenido la comodidad de favorecer con un premio de la *pedra* al bonito número 29.831; de modo y manera que los dos primeros agraciados (aquí la menos agraciada resulta doña Elena) disfrutarán de 300 y 150 pesetas, respectivamente, que podrán muy bien emplear en ropa de verano o en rosquillas de la tía Javiera. ¡Allá ellos!

Ambos tienen a su disposición el billete y medio del número 29.831, y podrán recogerlo en nuestra Administración (plaza del Ángel, 5), de cuatro a seis de la tarde, en cualquier día laborable, una vez que acrediten su personalidad.

El Sr. D. José Marcos Domínguez, al remitirnos su pliego de soluciones no indicaba el domicilio. Caso de hallarse vivo..., que acuda. De lo contrario, las 300 pesetas serán sorteadas entre los solucionistas del Concurso de marzo.

Y ahora, ¡mucho ánimo, que para un próximo sorteo preparamos el GORDO!

8. — Candidato triunfante.

(Está muy rico con guisantes; pero... los mauristas se lo comerían ¡hasta crudo!)

CER 500ORIENTE CO

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de mayo.



Dib. ZAPATA — Madrid.

INDICIOS

- Y qué, ¿cómo van tus relaciones con Ernesto?
- ¡Chica, magnificamente! Ayer ya empezó a regañar con mamá.

9. — No es Ernesto Polo.

En tu puerta planté un quindo,
y en tu ventana un manzano,
sólo por verte coger...
manzanitas con la mano.

SIN 100

EL HERMANO 100 DE PAPÁ

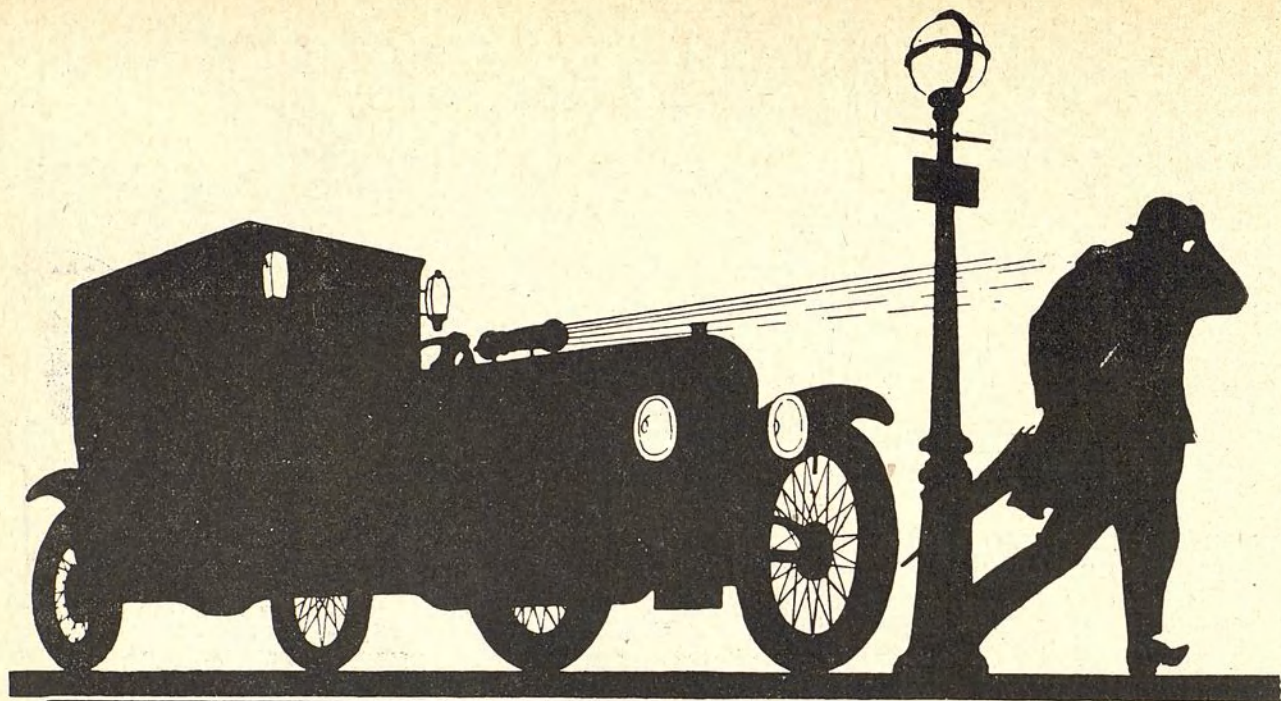
Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 75.

Ayuntamiento de Madrid

10. — Candidato derrotado.

R	—	I
	BUFIDO	
	CE	
	GATO	
T	—	A

Yo os aseguro que el amigo
D. E. pierde a la brisca hasta
la última peseta



LA BOCINA DE UN VEHICULO.....

avisa... y muchas veces molesta. Pide que se le ceda el paso, y, por imperativa y peligrosa, se le complace... ¿Por qué no hacer lo mismo

cuando el cabello que todos los días se lleva el peine, avisa insistentemente que se corre el peligro de una calvicie o canicie prematuras?

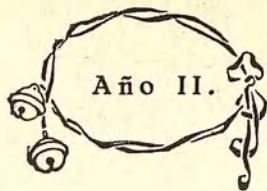


PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo. Su perfume es fresco y agradable. Proporciona vigor y flexibilidad al cabello, facilitando el peinado. Retarda la aparición de las canas. El Laboratorio

Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899. El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

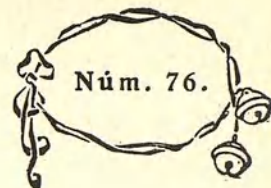
FRASCO, 2,50 EN TODA ESPAÑA



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 13 de mayo de 1923.



CUPLETERÍAS EL PRIMER "BOMBO"



El señor Calixto parecía tonto.

La seña Manuela también.

Dos horas largas llevaban sin soltar el periódico, contemplando extasiados, con delectación baboseante,

los breves renglones de que se componía la noticia sensacional tanto tiempo esperada.

— ¡Hija de mi corazón! — exclamó la mujer —. ¡Los moños que va a quitarle a la Raquell... ¡Y a la Pastoral!...

— ¡Como que trabaja al pelo! — añadía el esposo.

— La verdad es que nuestra Paca no había nacido pa peñadora.

— Que lo digan si no los abuelos de Pura.

— Y los de Lina. ¿Te acuerdas?... Se alborotaban oyéndola cantar.

— Igual que toos. ¡Mia que la decían cosas los vecinos!

— ¡Ya, ya! El del tercero derecha, ese que escribe funciones, fué el más acertao. ¡Valiente timbre de voz! — la dijo —. ¡Lástima que en el teatro no corra también ese timbre a cargo del público!

— Pues dile que ya corre, y que hará carrera, porque ha debutao con éxito enormismo en el Corral-Palace, de Villapelona de Abajo.

— Mejor será enseñarle el periódico de la localidad.

— ¿Qué periódico es ése?

— *El Azote de la Región.*

— ¡Pobrecita de mis entrañas! ¿Es aquí donde lo pone? — pregunta la madre, muy orgullosa, señalando con el índice el anuncio de un nuevo específico para el tratamiento de enfermedades secretas.

— No, mujer — rectificó el padre enfadado —. Es... aquí... aquí... ¿No lo ves entodavía?

— Trae, Calixto. Déjame que lo lea

— ¿Otra vez?...

— Sí, hombre. Hasta que me lo aprenda de memoria, pa repetírselo después a too el mundo.

— Bueno.

— Calla y escucha: «Corral-Palace. Cine y *variétés*. — Anoche no se pudo proyectar la cinta de Max-Linder que estaba anunciada. Sin embargo, los numerosos pollos que ocupaban el gallinero no echaron de menos la falta de Max. La bella *Mandolina*, que, acompañada de una bandurria, una guitarra y un piano de cola Syndetikón, debutó después, hizo las delicias del paseo y de la preferencia, ejecutando algunas canciones populares, que resultaron

completamente desconocidas para nosotros. La concurrencia elogió las cuerdas vocales de la artista, y repitiendo «¡Qué cuerdas tiene esta *Mandolina*!», la obligó a cantar bastantes cuplés, entre ellos el de *La morcilla*, que se repitió tres veces. Nosotros felicitamos a la Empresa, y esperamos que la *Mandolina* no salga del Corral en mucho tiempo, ya que se trata de una artista que promete.»

Después de pasar no pocos sudores para leer sin interrupción y casi hasta sin respirar el suelto precedente, la seña Manuela estalló en un suspiro de satisfacción paternalísima.

Calixto no llegó a estallar; pero, emocionado también por el próximo cambio de alimentación con que la suerte iba a favorecerles, sintió que la carne de su cuerpo, adelantándose a la nutritiva realidad, se permitía ya el lujo de sentirse *gallinácea*.

— ¡Ay, Manuela! Me parece que pues bajar el alquiler, porque hemos cargao.

— ¡De billetes grandes! La envidia que van a tenerte los compañeros del Cuerpo de Seguridad, cuando vean que dejas los galones de cabo por mor de una estrella.

— ¡Mi cuerpo! No va a haber otro mejor atendido. ¡La de filetes empanaos que voy a comerme!

— Y yo.

— ¿Cuánto te parece que le pidamos a Campúa el día que venga a contratarla pa Maravillas?

— ¡Qué menos que una *sábana*!

— ¡Cuatro mil reales diarios me paece mucho!

— ¡Se los dará! ¿No ves tú que las *estrellas* están *por las nubes*?

— Lo que hace falta es que nuestra Paca llegue a ser una *estrella* de mucha luz.

— ¡Claro que lo será! ¡Qué duda coge! Y le dará un *baño*



Dib. SILENO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

a la Raquel, que, según dicen, es la artista más ducha en el arte cupletero.

— ¿Un baño a la ducha?

— ¡Naturalmente, señor! Por eso dije antes lo de la *sábana*.

— Si se la ganara...

— Se la ganará, no te quepa la más insignificante.

— ¿Tú lo crees?

— En cuanto lean el suelto publicao por el órgano de Villapelona de Abajo.

— Piensa que ha ido a ese pueblo pa que la dieran dos duros.

— Y ¿qué?...

— Na; pero me se figura que de dos laureanos a mil leandras hay muchis-

ma diferencia, y nuestra hija, la verdá, no va a poder dar tanto cambio.

— Pa eso es el suelto.

— ¿Quién lo habrá escrito?

— Alvaro Retana, seguramente. No hay otro como él pa descubrir *estrellas*.

— ¿Tie buen ojo?

— Lo que tie es un talento que desmorona pa hincharse de ganar dinero componiendo canciones populares, sin conocer la música más que de vista.

— ¿Y cómo se las compone?

— A fuerza de inspiración.

— Habrá que darle las gracias por lo que ha hecho con la chica.

— Conque le estrene toos los cuplés

que hayan cantao las demás y le encarque unos figurines pa que Thiele la vista con el gusto y el tacto que dicen que tie, me huele que se quedará tan satisfecho.

— ¿Dónde vas?

— A enseñarle al clarinete del bajo el *bombo* que le dan a la *Mandolina*.

— Sí, sí. Que vean toos cómo la ha puesto *La Región del Azote*.

— ¡Querrás decir *El Azote de la Región*! No vale confundirse de órganos.

— Es lo mismo.

— No, encanto mío; no es por ahí.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

— ¿Pero a ti te parece bien no haber ido al entierro de Pérez?

— ¡Pschl...

— Pues bien que te hubiese gustado que él hubiera ido al tuyo.

Dib. STILO. — Valencia.



Ayuntamiento de Madrid



— Si te preguntan que quién te manda, dices que una señora muy guapa.

— Y si me da la propi pa que diga la verdad..., ¿qué le digo?

Dib. DEMETRIO. — Madrid.

ERUDICIÓN A LA VIOLETA

LOS PUNTOS SUSPENSIVOS

La historia de los puntos suspensivos es muy anterior a la de la imprenta y casi paralela a la de la escritura.

En el manuscrito original del Génesis, que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena (estante 116, legajo 15), se ve que Moisés, después de referir el pecado original, pone una línea de puntos suspensivos, lo que prueba, según los eruditos, el remoto origen de este signo ortográfico. Sin embargo, no todos los sabios están de acuerdo en cuestión de tanta trascendencia. Bouterweck tacha de apócrifo el manuscrito aludido, fundándose en que los caracteres hebreos no son los que usaba el pueblo de Israel en su infancia, y D. Fernando Wolf nos dice en su *Jahzbucher des literatur* que no los encuentra hasta un pasaje de la *Iliada*, cuando Paris tuvo su primer tête à tête con Helena, opinión que a su vez tacha de temeraria Gismondi en no recordarnos qué pasaje de uno de sus libros.

Lo cierto es que los puntos suspensivos aparecen indudablemente, si hemos de atenernos a la autoridad de Nicolás Antonio en un *Arte de cocina* dedicado a San Diego de Alcalá, muy anterior al *Poema del Cid* y al *Fuero de Avilés*, primeros monumentos en verso y en prosa de la lengua castellana; y aquí debemos consignar la extrañeza que nos causó hallar en el primer vestigio del romance tan profundos conocimientos culinarios: «Una bona cocina debet habere multas sartenes et quator almireces, et sex potes, et duos trébedes... ca sinon non serie comprida»; de donde también se deduce la antigüedad de la tortilla. Pero pongamos una línea de puntos suspensivos a nuestras eruditas investigaciones.

Los puntos suspensivos tienen la elocuencia del silencio y significan más cuanto mayor es su número. Dos nadie los usa, por temor a que le tachen de avaro. Tres ya es otra cosa: generalmente se emplean para que se sobreentienda una palabra malsonante. De cuatro en adelante ya no se cuentan. Una línea de ellos en una novela indica que el héroe y la heroína.....
Tres líneas de puntos suspensi-

vos significan: «Un año después no existía ninguno de los personajes de este sangriento drama.» Cuando pasan de

tres las líneas de puntos suspensivos, quieren decir que el autor cobra a tanto la línea. En general, todo lector, al verlos, exclama para su coleteo: «¡Aquí hay gato encerrado!»

Las novelas de los autores galantes están sembradas de líneas sueltas de puntos, a la manera que los arroyos surcan las verdes praderas.

Por otra parte, Sué tiene una pasión africana hacia esta clase de signos, y Dumas los emplea a torrentes.

Los autores necios los usan a falta de ideas, y entonces son un epitafio donde se lee: «Aquí no yace nada.» Hay épocas en que los puntos suspensivos están en alza

Muchas veces se nos ha ocurrido por qué las comas no habrán participado del mismo sentido de los puntos suspensivos, y no damos con otra razón de ello que la poca expansión de esos signos ortográficos, que nunca se parecen sino para encerrar, a manera de grillete, una palabra o un pensamiento. Son las comas partidarias del absolutismo; los puntos suspensivos son esencialmente autonómicos.

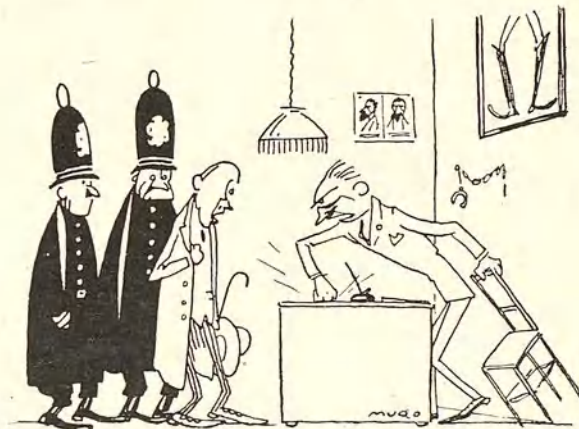
Pero no sólo en la escritura ejercen los puntos su influencia. Las reticencias son los puntos suspensivos de la conversación, y los murmuradores los emplean con una frecuencia harto temible. Son también el tormento de los oradores y el de sus oyentes.

Después de la conjunción, las mujeres los usan para indicar que han agotado todo lo malo que se puede decir de una amiga. Entre los amantes son muy peligrosos: son el Scila y Caribdis de la virtud más agreste.

Puntos suspensivos de una significación desastrosa son los que el acreedor, con un fin siniestro, pone entre el *Debe* y la cantidad que se adeuda. En el monte (antiguo y acreditado juego del) los *puntos* deberán llamarse suspensivos, porque están en suspenso.

Para los estudiantes que quedan suspensos en los exámenes, las vacaciones son puntos suspensivos y consoladores. Y para mí han sido un recurso con que llenar unas cuartillas.

VICENTE VEGA



Dib. Muro. — Valencia.

— ¿Y dice usted que le robaron la cartera con toda la documentación?

— Sí, señor delegado.

— Pues se buscará; pero de momento le detengo por indocumentado.



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Hombre, hubieras podido quitarte los pegotes de barro que traes en las suelas.

— Ties razón; pero es que ahora me los dejo, y así llevo suelas de pollo bien.

UN SECRETO TERRIBLE

APUNTE PARA UN DRAMA

— Acércate a mi lecho, Dorina, querida esposa. . Siento que me voy a morir... Sí; no me digas que no... Lo siento yo..., y lo siento mucho; pero ¿qué le vamos a hacer? También los hombres tenemos nuestro cuarto de hora tonto, que es éste... Un cuarto que es una lástima no tenga una mala puerta por donde escaparse... Acércate, Dorina. Me muero, sí; ha sido un día trágico. Esta tarde hice la tontería de merendar unos pastelillos rusos y unas pelotas de fraile, y como los rusos están tan mal con el clero, se han enredado con los frailes y me están poniendo los intestinos más deteriorados que la cuenca del Ruhr... Para remate, también me han hecho daño los pedazos de solomillo que me has puesto de cena... No, no te apures..., nadie creerá que me muero por tus pedazos..., no. Me matan los rusos y los frailes... El caso es que me muero... Pero antes voy a revelarte un secreto

que me pesa más que una obra de Fernández del Villar... No, no quiero entrar cargado con este peso en la otra vida..., porque bastante me has cargado tú en ésta... Escucha; pero antes dame una cucharadita de esa pócima infecta, Dorina... (Bebe.) ¡Ajijl!... ¡Qué trago más amargo!... (Escupe.) ¡Es tremendo esto de morir sin padecimiento crónico, esposa! Porque, tú lo sabes, yo me muero sano, yo me muero bueno... Bueno, ¡yo me muero!... ¡Y me muero sin mal, Dorina!... (Se suena.)

— Vamos, Ursulo, no te pongas así. Si eso no será nada...

— ¡Lo sabré yo, Dorina! A fuer de Ursulo Pino, que me muero. Pero no temas. Nadie dirá que no hago honor a mi abolengo en el supremo trance... ¡Pino soy, y muero resinado!

— ¡Ursulo, hijo, no hagas esos chistes, que te vas a morir de verdad, hombre!

— ¡Dorina! ¡Qué pena dejarte!... Estás guapa...

— Ursulo..., tú no te mueres...



Dib. BILBAO. — Madrid.

— Pero, Pepito, ¿estás malo? ¿Te vas a purgar?

— Sí, señor. Como usted me dijo el otro día que tenía que obrar bien...

Ayuntamiento de Madrid

— Estás fresca...
— ¡Ursulo!...
— Estás apetitosa... ¡Júrame que no hollará mi casa ningún sustituto!...

— ¡Oh!...
— ¡Júrame que no ha de hollar!...
— ¡Juro que no holla!...

— Oye...

— Holla...

— Bueno, pero oye. Observo que no hay sinceridad en tus palabras... No, no eres sincera.

— Ursulo, sabes que soy más rígida que los pajizos cirios que en la antesala esperan para orlar tu catafalco...

— Sí, te creo. Me molesta el símil, pero te creo. Eres recta como uno de esos cirios..., y sin cera... Escúchame, y sé indulgente, Dorina... Tú no eres mi mujer.

— ¡Anda, qué sala! ¡Tú deliras!...

— No deliro, no. Ante la ley no eres mi esposa; cuando me casé contigo, estaba ya casado con Segunda Rea, de cuyo lado huí porque tenía peor carácter que Villanueva.

— Ursulo..., ¿qué dices?

— Luego te vi, te amé, se puso tonto tu padre, tuve que doblar por segunda vez, y eso es todo.

— No..., no te creo. Tu estado preagónico te alucina, te hace ver visiones.

— Te juro que no veo más visión que a ti, Dorina. Cuanto te dije es cierto. Ese es mi dolor; y ahora, a mi muerte, todo irá a parar a Segunda, todo. Mis veinte mil duros amasados junto a ti serán para ella; mis millones de coronas, mis millones de marcos.

— ¡Deliras!...

— De liras, no, cielo. Te empeño mi honrada palabra de agonizante.

— ¿De modo que no soy tu primera mujer?...

— No; tú eres la segunda, y la Segunda es la primera. Parece una charada, pero es un crimen. Y te juro que tanto he sufrido por ese estado civil, que me parece de perlas el estado agónico...

— Ursulo, perdóname que te lo diga en este trance, pero tú, además de agonizante, eres un sinvergüenza...

— ¡Más!... ¡Dime más!... ¡Dime algo que me haga sufrir horriblemente!... ¡Dime algo espantoso que me sirva de expiación y me libre de las penas del infierno, Dorina!

— ¿Sí?... ¡Pues óyelo, canalla, óyelo y sufre!...

— ¡Así, Dorina, así! ¡Dime algo espeluznante! ¡Algo ignorado y desconsolador!

— ¡Escucha!... Onofrito..., Nicanor... y Agamenundo...

— ¡Sí! ¿Qué?...

— ¡¡Nuestros tres hijos!...

— ¡Habla!

— ¡¡No son tuyos...!!

— ¡Idiota!... ¡A ver si te crees que no lo sabía!

(Después de esto, no hay más remedio que morir.)

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



- Pues sí, querido maestro, esta banda no es la de San Mamerto; hay que arreglarla.
— Creo que está usted equivocado; para mí está bien.
— ¡Ca, hombre, cal... Y le advierto que no me llevo el cuadro hasta que no toque la banda.

Dib. M. L. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

INSECTICIDAS



Se ha llegado a la perfección en la preparación de insecticidas. Los grandes químicos que prepararon los gases asfixiantes, han transformado sus productos contra los hombres, los gases deletéreos que mataban como a ratas a los soldados de las trincheras, en productos contra los insectos que nos molestan.

Aquellas fábricas de gaseosas mortíferas y polvos de picapica que mataban, se han empleado en lanzar elementos de extinción contra los bichitos. Quizás más adelante se cace la perdiz con alguno de esos gases deletéreos, sorprendiéndola cuando vaya a dar el pico al reclamo artificial, pues, eso sí, en esos puestos no se podrá cazar con reclamo vivo.

¡Bonitos insecticidas como para tocador están saliendo últimamente de las fábricas! Son como pulverizadores o lanza perfumes de Carnaval, aunque con otra misión más chabacana.

La farmacopea insecticida es cada vez más perfecta y las recetas más complicadas. En algún insecticida entra el teberantipomol de retruécano.

El renacimiento de esta farmacopea justiciera es tal, que se puede presagiar que dentro de poco tiempo no va a quedar ninguna chinche ni ninguna antipática cucaracha. Los hay líquidos, gaseosos, en polvo, en confitura.

El aeroplano se ha complicado con ellos, y últimamente se ha empleado en la extinción de insectos, para lo que el aeroplano vuela muy bajo y espolvorea así los árboles con sus regaderas de polvos insecticidas. El insecto grande que es el aeroplano, esa inmensa libélula ansiosa, ha alcanzado el supremo límite de su destino, que es comerse a los insectos pequeños.

El minúsculo, pero implacable exterminador de los mosquitos, ese risueño diablo amarillo y cruel que aparece en los anuncios, es el que preside esta mortandad numerosísima que causa millones y millones de víctimas cada noche...

Somos unos verdaderos derrochadores de polvos insecticidas, y sembramos de ellos las casas como si fuésemos cocineros de un guiso que necesitase mucha canela.

— ¡Ten cuidado, no vayan a caer en

la comida o en la leche! — nos dicen las mujeres, temerosas.

Y nosotros nos abstenemos de espolvorear lo prohibido, aunque sospechemos que quizás estarían muy buenas esas cosas con ese ingrediente.

Hay una especial embriaguez en derrochar insecticidas, aunque sintamos que vamos envenenando toda la casa, los muebles, las figuras de yeso, los perritos de imitación, todo.

Yo me imagino una casa en que el que se embriaga desparramando los insecticidas, llena la casa de un ambiente tan

más sacan una muela — le llevan sacadas 9.800 muelas —, y después le dan el licor consolatriz que expenden. ¿Cómo matar, con apariencias de verdad, a ese niño experimental?

Los insecticidas en sus pistolas de aire, en sus fuelles de muerte, son armas que después traen consigo el arrepentimiento. Así cuando hemos sembrado la noche de polvos insecticidas, entre sueños sentimos con pena y como propios los retortijones de los animalitos envenenados, que se llevan la mano a la barriguita, que se les hincha y se les hincha hasta que mueren del embarazo de la muerte, dando la voltereta final y quedándose panza arriba, pues nunca se ha muerto un insecto panza abajo.

Hay un momento en que todos esos animalitos que matabamos representan la *Muerte civil* en su instante más patético.

No queremos pensar en ello. Enseñamos a nuestra conciencia la abstracción del crimen, el olvido de los asesinatos. Podríamos decir que aprendemos cierta maldad impasible.

«Ya estarán muertos todos», nos decimos al despertarnos en plena oscuridad, y se nos representan las sombras llenas de seres muertos, más hechas y espesadas por la muerte de los insectos. Hay más silencio en las sombras. Hasta la carcoma que se oía en la cómoda parece haber salido de excursión y haberse tomado una *grajea* del polvo venenoso.

Nos volvemos a dormir más tranquilos, descansamos mejor. ¡Ya estamos libres de enemigos!

Pero a la mañana siguiente encontramos en plena vida algunos animalitos que sólo se han empolvado con los polvos venenosos.

Pero peor que el arrepentimiento *sui generis* que causan los insecticidas, es el constipado que provoca la incontinenencia en esparcirle. Así, cuando la familia incontinente se ha acostado gozosa, porque al fin piensa dormir tranquila y sin picores esa noche en que ha hartado de polvos infalibles la cama, todas las camas, la mesa de noche y hasta la cuna del niño, a media noche todos los que la componen prorrumpen en ¡*Atchis!* desconsolados, continuos, viéndose como el niño se incorpora también sobre la baranda de su cuna para estornudar mejor.

Ese constipado de los insecticidas sale de todos los rincones y tiene estornudos hasta la mañana. Pero en esa alcoba



pernicioso que todos mueren, todos aparecen al otro día muertos, como verdaderos insectos humanos; y los bichos imposibles de extirpar paseándose sobre los cadáveres humanos con sarcasmo inaudito.

Lo único que necesitan los insecticidas es un sacamuelas. No he visto nunca un sacamuelas de insecticidas. ¡Oh si lo hubiese y supiese explicar y exagerar el modo de obrar de sus polvos! Acudirían los compradores como chinches.

Pero quizás la dificultad por la que los sacamuelas no propagan los insecticidas está en que no pueden probar su eficacia en público, no pueden llevar al retortero a ese niño, al que una vez

saturada no volverá a surgir una chinche jamás.

El fabricante de insecticidas es un hombre opulento y optimista que disfruta de la vida con encanto. Generalmente adquiere una hermosa finca en que cultivar las flores que han de producir su insecticida, flores preciosas con amarilleces doradas, flores en cuyos cálices se mueren las mariposas o los tábanos morados — color cuerda de reloj — que se paran a libar la cicuta insectívora.

El fabricante de insecticidas tiene un jipijapa magnífico, por entre cuyo tejido pasa un poco de resol de buena mañana exquisita y bien cernida.

A su alrededor revuelan más moscas que alrededor de cualquier otro. Sin que acaben de saber quién es ese señor, porque entonces caerían enjambres de moscas, mosquitos y pulgas sobre el inventor, se dan cierta cuenta instintiva de quién es y de lo mortífero y cruel que ha sido con ellas.

Los moscones le envuelven en un sochantresco runruno de improperios y le enmudejan como si fuese un huso o devanadera el enmarañado y negro hilo de zurcir de sus vuelos.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.



RELATOS MARAVILLOSOS
(TRADUCIDOS DEL NORTEAMERICANO)

LA CITA DEL CADÁVER

A mister Wright, ciudadano yanqui, inventor de las escupideras para borrachos, se le ocurrió la peregrina idea de venirse a vivir a España, y, lo que es peor, de nacionalizarse en la Península, cosa que no nos hemos explicado nunca, porque resulta una primada huir de Wilson, de Taft y de Huges, para aguantar a Romanones, Alba y Melquiades. Pero, en fin, mister Wright sabrá las razones que le impulsaron a tomar tan extrema resolución; y como no vamos a ser nosotros más papistas que el Papa, nos limitamos a consignar el hecho y a criticarlo ligeramente.

Wright, que era rubio y con ojeras, buscó un piso en Madrid, y después de dos años de inútiles pesquisas y de hartarse de dar propinas a las porterías, resultó que por fin no encontró el piso. Y triste y cariacontecido se decidió a pagar cien pesetas mensuales, en casa de un empleado de clases pasivas, por un gabinete con alcoba, con opción a utilizar la fuente que había en el patio y con derecho a entrar en el *water-closet* dos veces a la semana.

Nuestro hombre se acostumbó pronto a la vida de familia. El dueño del piso y susodicho empleado de clases pasivas, que tenía la inmensa desdicha

de llamarse Juan Fernández, era en cambio una persona decentísima que no había cometido en su vida una mala acción, salvo la de cobrar veinte duros a Wright por la alcoba, el gabinete y las limitadísimas visitas al *water*. Y mister Wright, a pesar de las cien del ala que le cobraba Fernández, le cobró cierto afecto, tal vez por cobrarle algo también.

Hubo más: Juan Fernández tenía una hija, que no hay ni que decir que se llamaba Juanita Fernández, y que era hermosa como un sol, mejor dicho, como un sol, fa, mi, re, do. Puestos ya en plan de música, diremos de una vez que le dió el sí a mister Wright, que comenzaron unas relaciones apasionadas y con vistas a la calle de la Pasa, y que Wright, durante el tiempo que fueron novios, la enseñó el inglés, la enseñó la taquigrafía y la enseñó unas cuantas cosas más que no hay necesidad de mencionar aquí, porque para ustedes no tienen importancia, aunque para Juanita la tuvieran.

Todo este tinglado acabó en boda, como era natural, forzoso e irremediable. Y como la escasez de pisos continuaba, se limitó el asunto a que Juanita pasase a la alcoba y al gabinete que

Wright tenía alquilados, y a que el padre de Juanita le anunciase a Wright que desde el mes siguiente le había de pagar treinta duros, puesto que, en vez de ser un caballero solo, era un matrimonio el que ocupaba las habitaciones. Mister Wright se conformó, pagó adelantado y se dispuso a libar las mieles del amor en los carmíneos labios de Juanita; y los llamo carmíneos porque soy un embustero, pues Juanita estaba anémica y los tenía nacarinos; ¡pero, en fin, igual da, y no vamos a regañar por eso!

Mientras mister Wright y la señora de Wright se entregaban a las labores propias de su sexo, el suegro de Wright verificaba una combinación altamente beneficiosa para sus intereses. El cuarto que había dejado vacío Juanita al pasar a las habitaciones de su esposo, fué alquilado a un sobrino de Fernández mediante la suma de veinticinco pesetas mensuales. Esto no tiene nada de particular; pero sí lo tiene el pequeño lío de familia que se armó al mes y medio con tan fausto motivo. Remitiéndonos a los chismes de la vecindad, diremos que el sobrino de Fernández resultaba primo de Juanita; pero que entre la hermosura de ésta, la candidez de Wright

y los malos consejos de Satanás, al poco tiempo el sobrino de Fernández era un tío con toda la barba y mister Wright estaba convertido en el primo mayor de la esfera terrestre.

¿Está entendido?... ¡Pues adelante!

Wright pareció escamarse algo, aunque no llegó al estado de besugo categórico; pero don Juan Fernández empezó a experimentar ciertos temores de que aquello acabase como el rosario de la acreditada Aurora y de que un día se pusiesen las cosas de tal manera que sobreviniera un divorcio, un escándalo, y la consecuencia natural de ello, que era dejar de percibir los treinta duros del matrimonio Wright y los cinco del primo de Juana, aparte de volver a tener que dar de comer a Juana, que por cierto tenía un saque que siempre había asustado a la familia y a veces la había sumido en espantables crisis económicas.

Estas preocupaciones dieron al traste con la salud de Fernández, que un buen día resolvió morirse, y se murió. En la agonía pretendió hablar a Wright; pero el diálogo no pudo verificarse por un defecto de pronunciación del moribundo y Wright se quedó con las ganas de saber lo que su suegro quería decirle. Al volver del entierro, Wright sorprendió a su mujer en brazos de su primo y llorando su orfandad, y entonces fué cuando la escama hizo su aparición solemne y comenzó a torturar su coazón.

Pasó un mes, pasaron dos, pasaron tres, pasaron la mar de meses y Wright seguía sospechando, pero sin convenirse del todo de su desgracia. ¡Los hay brutos de verdad!

— ¡Si mi suegro me hubiese hablado, lo sabría todo! — se decía a veces —. ¡Aquí pasa algo! ¿Pero qué pasa aquí? ¡¡Hay momentos que creo que aquí no ha pasado nada!! Pero ¿y si hubiera pasado? (Todo esto lo decía en inglés, que es como hablaba siempre que hablaba a solas; pero yo se lo traduzco a ustedes para mayor claridad.)

Una noche se le ocurrió a Wright bajar al evacuatorio de la Puerta del Sol a hacer una consumación. Ya saben ustedes la fea costumbre que hay en Madrid de colocar letreros hechos a lápiz en las paredes de esos sitios. Pues bien: miraba Wright las paredes, y ya había leído unas inscripciones que decían «¡Viva Maura!», «¡Ole por los empleados de Correos!», «¡Me caso con Lerroux!», «¡Aquí todo el mundo hace lo que puede!», etc., etc., cuando se quedó mudo de estupor y espanto al ver cuatro líneas hechas a lápiz como las otras, pero de letra de su suegro, que decían lo siguiente:

«Wright: Mi hija te engañaba. El remordimiento me obliga a hablar después de muerto. Si quieres saber detalles ven esta noche al cementerio de la Almudena, abre mi fosa (cuartel 7, manzana 10, letra H, cuerpo número 5) y te

enterarás de todo. Te deseo salud, que es lo que yo no tengo. Tu suegro que te abraza, Juan Fernández.»

Wright lanzó un alarido de tal intensidad, que si lo lanza Fleta en el Real lo tiene que repetir tres veces; salió del evacuatorio, tomó un autobús de Ventas y se encaminó al Este. Por el camino no habló una palabra, quizás porque no tenía con quién; pero al llegar a las puertas del cementerio empezó a decir barbaridades en inglés al ver la puerta cerrada. Su vacilación duró poco: escaló la tapia y empezó a correr como un loco (como un loco cuando corre, que a veces están sentados) en dirección al cuartel 7. Llegó al cuartel, buscó la manzana, encontró la letra y vió la fosa. Empezó a quitar tierra hasta que dió con el féretro. Lo abrió de un puñetazo, y al mirar a su interior dejó escapar un bramido de cólera.

¡El féretro estaba vacío!

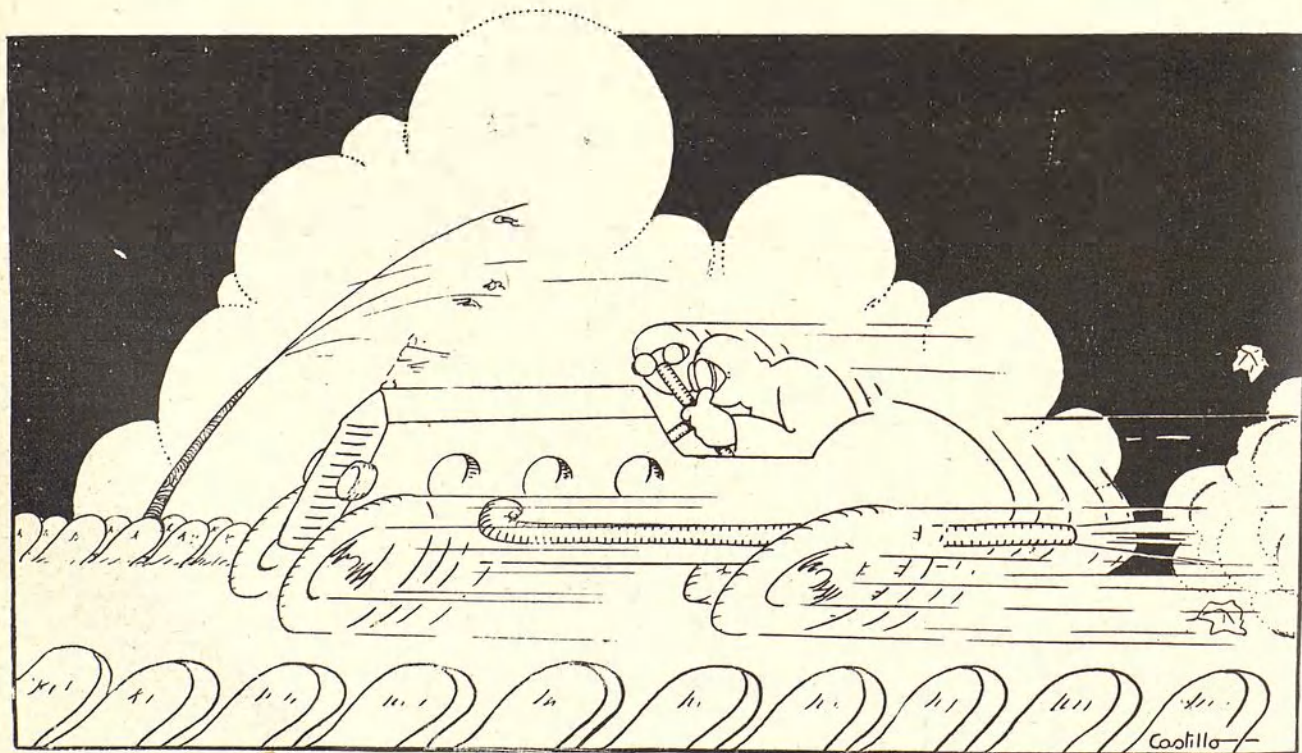
— ¿Pero qué pasa aquí? ¿Dónde está este hombre? — preguntó sin saber a quién.

Y cuando no esperaba contestación, oyó la voz cavernosa del cuerpo número 4, que, con una amabilidad extraña en un cadáver, le dijo sencillamente:

— ¡No busque usted a Juan Fernández, caballero!.. ¡Ha ido a votar a Goicoechea al colegio de la calle de Fúcar!!

ERNESTO POLO

(Se continuará el día menos pensado.)



— ¿Estamos cruzando algún cementerio musulmán?

— No, hombre; son los mojones que hay de kilómetro en kilómetro.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASTILLO. — Madrid.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA LLUVIA Y LA SEQUÍA

El tranvía se ha parado, y todos los viajeros quieren ver la causa sondando detrás de los cristales acuosos, que deforman los árboles y los edificios.

No sabemos lo que pasa, y tenemos el presentimiento de algo terrible.

— ¡Es que no hay corriente!

«¿Qué es la corriente?», nos dice esa filosofía tan infima y tan rápida, que nos da un momento y otro momento nos quita. «¿Por qué no hay corriente?»

Otra vez, un día de sol, se paró el tranvía que nos llevaba al Pacífico. Estuvo inmóvil cerca de media hora. También era que no había corriente, por causa de la sequía.

— La sequía es la causa de la falta de corriente. El agua es la fuerza que mueve los tranvías de Madrid y que viene dentro de unos hilos.

Pero hoy, después de un mes entero de lluvia, el tranvía se ha vuelto a parar, todos los tranvías se paran.

Sin duda la fuerza que mueve los tranvías de Madrid es la de un grifo de esos en que pone *froid* y *chaude*, y no la de un salto de agua. Y si es, en último caso, un salto de agua, un verdadero salto de agua, por insignificante y exiguo que sea, es imperdonable que se le supedite a la lluvia para que pueda vivir. Si lo riegan todos los días, es fácil que los madrileños consigan hacer algún trayecto en tranvía...

Sin eso no podremos viajar seguros. O hacemos rogativas para que llueva, o nos resignamos a esperar minutos interminables aunque tengamos prisa.

Claro es que hay una tercera resolución que poder tomar: el autobús.



La lluvia es siempre nociva. Igual cuando cae que cuando deja de caer. Naturalmente, el hombre de las ciudades siempre desea que no llueva; pero el hombre del campo, cuando no llueve, dice al de las ciudades todos los años:

— No llueve. La sequía es atroz. La lluvia haría mucho bien al campo. Temo por la cosecha.

El hombre de la ciudad tiene una idea borrosa de lo que es una cosecha. Se la representa por muchos sacos repletos. Se compadece del apuro del hombre del campo, y tiene en el fondo de su alma el ferviente deseo de que llueva, aunque le cueste mandar a componer el paraguas y comprarse unos chanclos.

Por fin llueve siempre. Es ley de la Naturaleza que, más tarde o más temprano, acabe lloviendo. Entonces, llueve diez o doce días seguidos. El hombre de la ciudad está a punto de coger un reuma; pero dice a todo el mundo, con íntima satisfacción:

— ¡Ya es hora de que llueva! Hacía

mucha falta para el campo... La cosecha estaba perdida...

Cuando considera asegurada la suerte de la cosecha, el hombre del campo vuelve a decirle:

— Lluve demasiado. Estamos en la recolección. Los campos van a anegarse. La cosecha se va a perder.

De nuevo la cosecha es la preocupación del hombre de la ciudad.

— Créame, amigo mío — dice, desalentado —. Los campos están casi inundados. No tendremos cosecha o, por lo menos, la tendremos defectuosa.

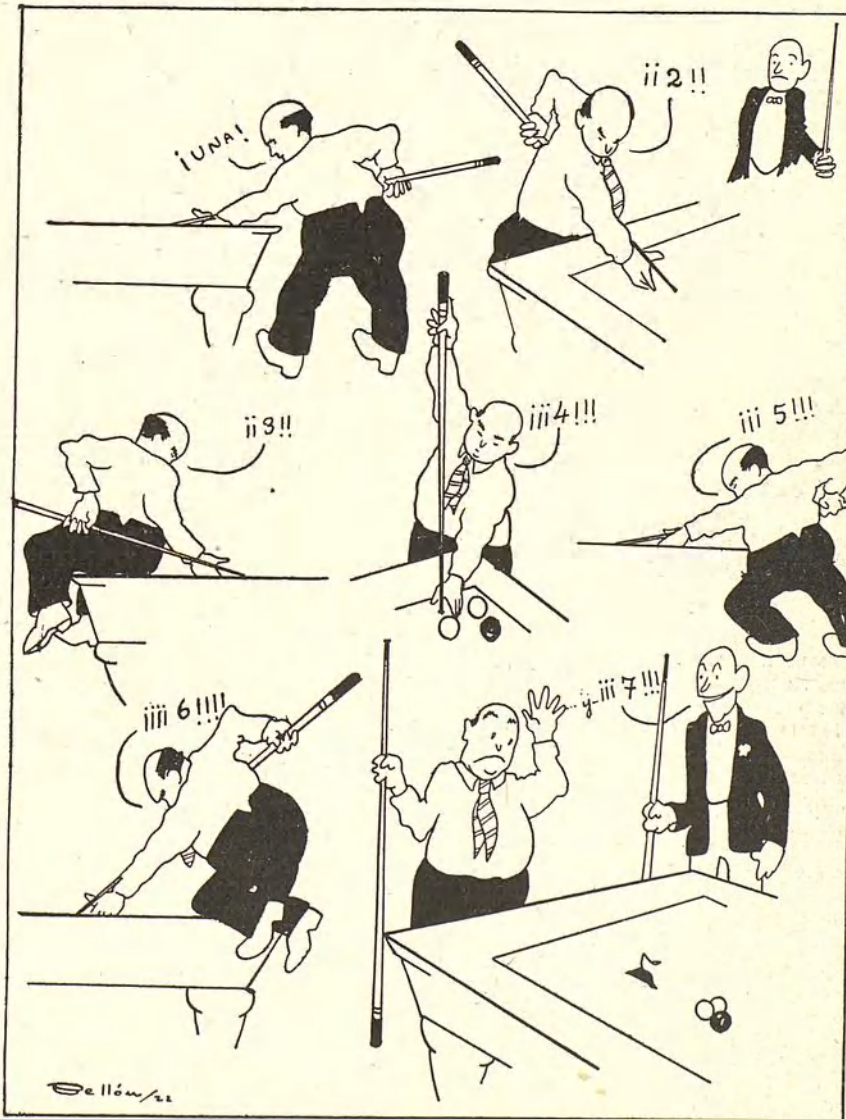
El hombre del campo nunca está satisfecho, y es que nunca llueve a gusto de todos. El hombre de la ciudad, que, digan lo que digan, es mucho más in-

genuo, no debe tomar en serio esa entelequia que se llama cosecha. Nadie la ha visto nunca. Se tiene la conciencia de que sale todos los años por la misma época, pase lo que pase.

Si el hombre del campo pide agua con la ronquera del sediento, el de la ciudad debe encogerse de hombros, o todo lo más elevar al Creador esta oración:

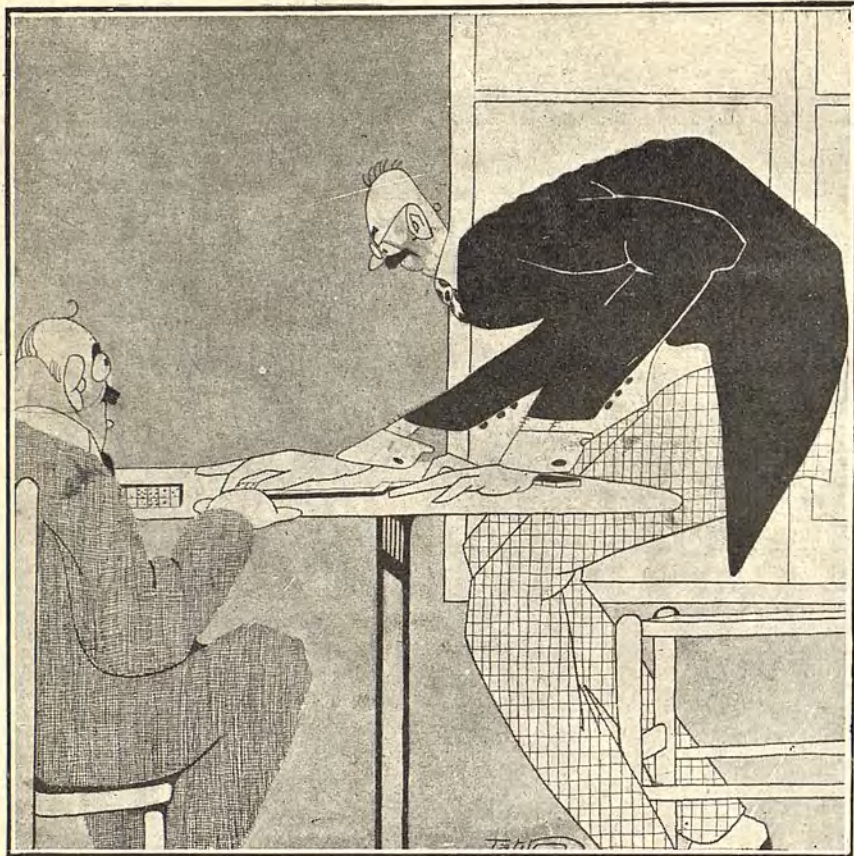
«Señor: El hombre del campo dice que debe llover. La cosecha, ¿sabes?, está en peligro. Tú, que todo lo puedes, haz que llueva; pero ¿por qué no haces que le llueva a él solo y no a mí? Tú no sabes cómo se ponen las calles de barro y cómo salpican los camiones. A él es a quien le importa la cosecha. Yo, de todas maneras, pago. A él, por muy mala que sea, le basta para sus transacciones, y si es buena, la exporta.»

José LÓPEZ RUBIO



LA TACADA

Dib. BELLÓN. — Madrid.



— ¿El seis cinco?... ¡Me doblo!...

Dib. TATITO. — Zaragoza.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

¡Sí, señores! He aquí el problema de la vida española casi resuelto por un hombre heroico... ¿Qué hace falta en nuestro país? Oídselo a las izquierdas, y un poco a los del centro y otro poco a las derechas renovadoras: el pueblo español necesita educarse. Nuestros males tienen como único remedio la acción pedagógica.

¿Cómo aplicar la Pedagogía de manera que resulte eficaz y que no aburra al ciudadano? ¡Ah lectores amados! La cosa está en educar los sentimientos: un país que tiene sensibilidad, lo tiene todo o casi todo. Y de esto se trata. Hay que educar los sentimientos de las masas, inclinándolas hacia el arte, enseñándolas a percibir las más bellas emociones.

Así piensa maniobrar el nuevo empresario del apartado teatro de Fuencarral, y para ello pretende ofrecer al público obrero que concurre a dicho coliseo nada menos que espléndidas audiciones de ópera.

¡Música! Ya saben ustedes lo de Orfeo amansando a las fieras con sus dulces melodías. Y, con perdón del público que concurre a las representaciones, ese empresario está dispuesto a actuar de Orfeo y llevar hasta el cabo su apostolado pedagógico.

¡Música! ¡Una ópera por la tarde y otra por la noche, y los domingos tres! *Trovadores, Africanas, Toscas, Lucías, Aidas, Rigolettos* a todo pasto y a toda orquesta.

Comprenderán los lectores que al finalizar la temporada dará gusto vivir en el simpatísimo barrio de Chamberí. Todo el mundo se tornará romántico, exquisito y hasta erudito. Será el populoso Chamberí madrileño como un oasis en el desierto de la incultura nacional.

Se habrá resuelto el problema social, el problema económico, y puede que hasta el de la vivienda.

El pueblo, con la sensibilidad agudizada por el baño lírico que se le va a atizar, vivirá mucho mejor, será más feliz y... cantará el «Miserere» del *Trova-*

dor. Ya no nos aturdirán los oídos esas cancioncillas ratoneras que, a falta de otro pasto espiritual, tenían que deglutir las masas madrileñas: las cocineras del distrito lanzarán, al fregar la loza, los desgarradores conceptos del «Adiós a la vida».

Esta risueña perspectiva nos la sugiere la lectura de los sueltos de contaduría anunciando la ópera en Fuencarral. No negamos que quizás nuestra pluma se haya dejado llevar por la hipérbolo; pero algo parecido sucederá si hemos de creer los sueltos que comentamos.

PARA UNOS "FAVORECEDORES"

Uno o cuantos distinguidos dramaturgos y comediógrafos absolutamente inéditos, y que sin duda no me conocen a fondo, han venido a honrarme en estos últimos días con las más extrañas pretensiones que ahora daré a conocer.

Todos ellos quieren someter a mi modestísimo juicio el fruto de su ingenio, convertido en considerables montones de cuartillas, ordenadas en actos y en escenas... Desde luego es un trabajo inútil el que se toman, puesto que yo soy un hombre bien educado y muy optimista, y creo inmejorables toda comedia y todo drama que se *me coloca*. Esto es, que mi humildísima opinión coincidirá, sin duda, con la del dramaturgo lector..., pase lo que pase...

Pero no es lo peor la lectura de comedias, sino que, una vez terminada aquélla, sobreviene inevitablemente la insinuación, el ofrecimiento tímido y aun el resuelto planteamiento del *negocio*:

— Usted me *estrena* la obra y percibe la mitad de los derechos...
También esto otro:

— Puede usted firmarla conmigo, si quiere...
Algunos, mejor educados, dicen:

— Si usted se tomase la molestia de arreglarlo, sería una colaboración auténtica y podríamos estrenar en seguida...
De una vez para siempre he de responder a mis amables comunicantes que no debo aceptar nada de lo que me proponen: yo los *pateos* los soporto bajo mi absoluta responsabilidad, y no tengo por qué aguantar los fracasos de nadie... Y claro es que si el triunfo viene, lo quiero para mí y para el colaborador que yo elija; pero *colaborador*.

Del que escribe, a un empresario de esos que andan por ahí, hay sensibles diferencias..., que yo no quiero salvar.

Si mis *favorecedores* me dan palabra de no insistir en las pretensiones de lecturas, y mucho menos en las de colaborar, yo les prometo decirles en secreto a quiénes tienen que dirigirse... Con ellos pueden hacerse tales *negocios*.

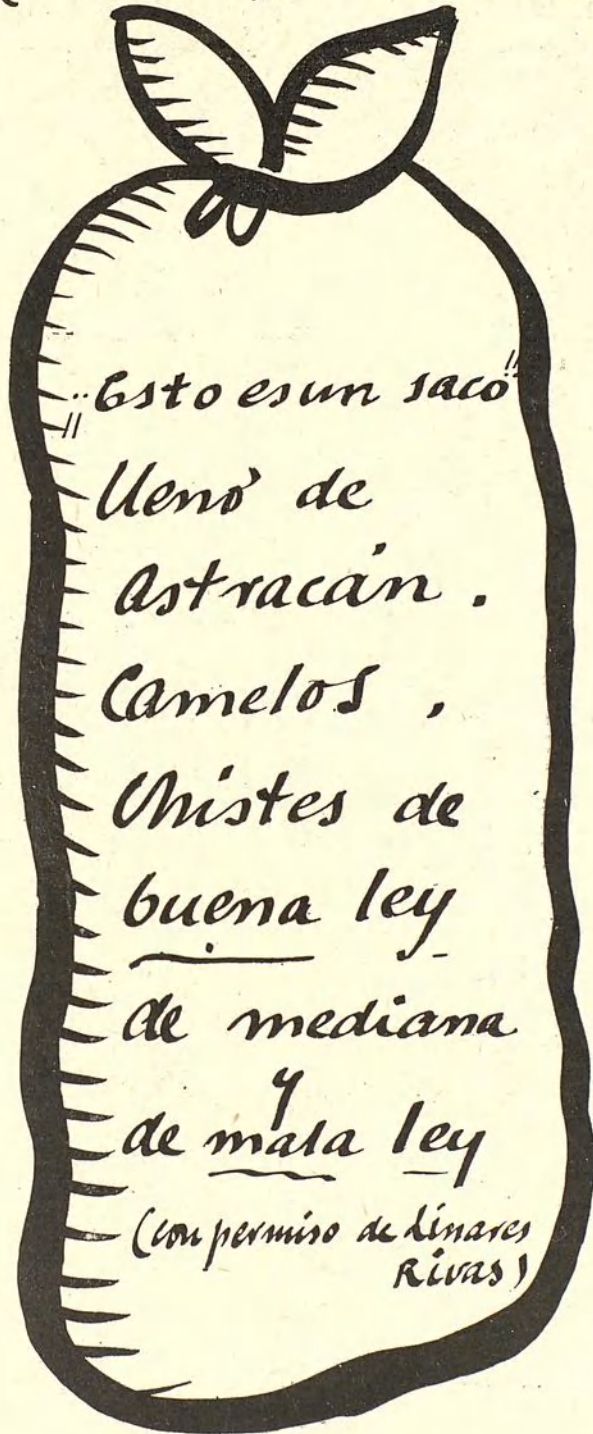
Yo, como decía el otro, «soy pobre, pero honrado»...

JOSÉ L. MAYRAL

Teatro Rey Alfonso.

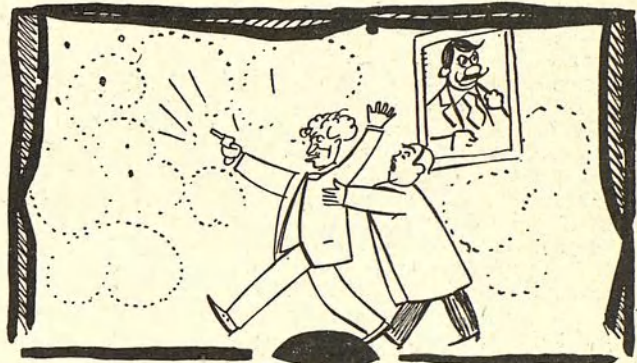
"El testamento de un vivo"

(Sin comentarios) No hemos visto nunca un muerto, que pueda hacer testamento.



Esto es un saco
lleno de
astracán,
Camelos,
Chistes de
buena ley
de mediana
y
de mala ley

(con permiso de Linares
Rivas)



Acto 1º

Un marido enfurecido
Porque se cree engañado
Ire a tiros con todo el mundo
El acto así ha terminado.



Acto 2º

Sigue creyendo el marido
que le siguen engañando
Y a todo aquel que entra o sale
Le sigue golpes pegando.



Acto 3º

Luego, en el acto tercero
Pega a locos y loqueros

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROBLDANO.

Ayuntamiento de Madrid

¿A SAN ISIDRO?

¡Con qué ilusión, lectores,
estando de mi infancia en los albores,
aguardaba yo el día
del patrón de la corte, cuna mía!
Sin metros, ni autobuses, ni mal vino,
ni *pasos de camello*,
ni audaz exhibición de lo más bello
del sexo femenino;
ni palacios *frappés*, ni *variedades*,
ni camelos morunos, ni enojosas
responsabilidades;
ni balones ingleses
que se lanzan al aire con los *pieses*,
yo tenía colmadas mis venturas
(¡oh candor de las pobres criaturas!)
con ir a San Isidro, de mañana,
para oír de la ermita la campana
(cuyo agudo tañido,
lo mismo que al llegar un fallecido,
suenan el día del santo);
cruzar del Manzanares las arenas
por puentes de madera o cal y canto;
contemplar, al igual que en las verbenas,
puestos de baratijas,
de alcarrazas, botijos y botijas;
rosquillas de la auténtica Javiera
(que aprendió a fabricarlas de madera);
tostones, cuyo dueño condenado
daba en píldoras, ¡ay!, cemento armado;
trompetillas, en fin, y largos pitos,
adornados con flores,
que causaban trastornos infinitos
al tímpano más fuerte... Sí, lectores,
todo esto me encantaba (¡qué inocencia!),
y hoy tengo la evidencia
de que, siendo los pitos, las rosquillas,
los botijos, los monos, los tostones
y las *lácteas navales* cantarillas
los mismos (con muy pocas variaciones)
que cuando era yo niño tierno y puro!
(lo que es de las rosquillas, aseguro
que son aquellas mismas), ya ilusiones
no me puede inspirar, por vida mía,
la alegre romería,
con sus puestos, fenómenos, tíos vivos
y algazara sin fin... ¿Por qué motivos?
¿Por la edad? ¿Por los cambios interiores?
No lo sé. Mas no voy, caros lectores,
aunque me hagan pedazos,
a sufrir de tal fiesta los bromazos.

Ahora bien: si en un auto confortable
me lleva a San Isidro, de mañana,
alguna madrileña (o provinciana)
joven, guapa y amable,
que se baila conmigo, a su manera,
con mimo extraordinario,
el trote (o cosa así) del dromedario,
y me invita a comer en la pradera,
y me toca además la trompetilla,
mientras parte conmigo su rosquilla,
y me ayuda a pedir al Patrón Santo
que no enteren del caso a mi señora,
y volvemos a casa sin quebranto
ninguno en el camino ni a deshora,
¡qué caray!, aun haciendo un sacrificio,
volveré a disfrutar con alegría
de esa clásica y vieja romería,
que de joven sacábame de quiciol...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

CUENTO INFANTIL
POR
LUIS DE TAPIA

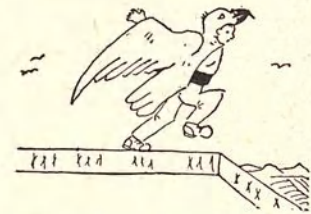
OTRO FAMOSO
INVENTOR
DE LOS VUELOS
SIN
MOTOR



4. — ... con él acabado, un día
ofreció que volaría...



1. — Dalmacio un día en su aldea
tuvo una genial idea.



5. — Desde una torre, Dalmacio
se lanzó al azul espacio.



2. — Se hizo, con pluma y percal,
un traje de águila real.



6. — Y, ¡oh prodigio!, el aguilucho
voló mucho..., mucho..., mucho...



3. — Y aunque tardó el muy borrico
en concluirlo año y... pico...,



7. — Tanto, que estuvo diez días
sobre las cumbres bravías.

Ayuntamiento de Madrid



8.—Y al noveno, ¡y no me chocal,
puso un huevo en una roca.



9.—Entre águilas y condores
pasó sus años mejores...



10.— ¡Jamás se voló mejor,
sin vergüenza y sin motor!



11.— Pero, ¡oh paradoja eterna,
al fin... se rompió una pierna.



12.— Al caer en un rastrojo,
Dalmacio se quedó cojo.



13.— Y con tal desilusión,
abandonó la aviación.



14.— Vendiendo el traje completo,
por seis reales, a un sujeto.



15.— El cual dijo al poco rato,
con irónico lenguaje:
«Nunca he visto dar un traje
del águila tan barato.»



Dibujos de Almita Tapia.

**VARIOS CONSEJOS
PARA EL VERANO**

I

Si tienes en tu casa correderas,
no celebres de noche reuniones.
Mas, como de gozar hay mil maneras,
si tus amigos quieren diversiones,
les puedes invitar a las carreras.

Ayuntamiento de Madrid

II

Cuando haya en la canícula eleccionés,
vota sin vacilar a Romanones;
porque cuando el calor es imponente,
el fresco es agradable y conveniente.

III

Si sacas a tu suegra de paseo,
hazlo en julio, pensando en un detalle:
que en el mes que te cito, según creo,
siempre hay perros rabiosos en la calle.

IV

No te cases jamás en el verano,
pues casarse en tal época es malsano.
Yo me casé...; pero hice lo que hacía
porque era primavera todavía...

V

Aunque la lotería tu amor sea,
no juegues en agosto por si toca;
pues en tal mes, en que el calor arrea,
como te caiga un gordo, te sofoca.

VI

No vayas a Guipúzcoa ni a Vizcaya,
y el veraneo a suprimir disparte,
pues si van las familias a la playa,
los gabanes del padre van al Monte.

VII

Si tu esposa da a luz en el verano,
cómprala un abanico (*el que te cuadre*),
y así podrás decir bastante ufano
que el chico tiene el aire de la madre.

VIII

Si tu sastre es persona confiada,
procura no pagarle y hazte el loco...
Pero si es una fiera y se te enfada,
no le pagues tampoco.

IX

Si te gusta gozar de compañía
y ver la multitud oronda y sana
discurriendo con bulla y alegría,
vete a Rosales o a la Castellana
Mas si prefieres encontrarte solo,
toma un billete y métete en Apolo.

X

Si sabes que Sánchez Toca
ha cogido un constipado,
y que, de resultas de eso,
sus narices se han hinchado,
toma el tren con tu familia
y vete a Hendaya volando,
pues a los dos estornudos,
y si se suena en el acto,
habrá en Madrid terremoto
y no quedará ni rastro.

NÉSTOR O. LOPE

TITIRIMUNDILLO

De una revista taurina: «El público protestó contra el tercer toro, por parecerle de poco respeto.»

Por lo visto, lo querían con barbas largas y gafas de oro.

¿Qué respeto se va a tener a un animal cuya misión es dejarse torear?

✂ ✂ ✂

«En el camino del Pardo chocó una motocicleta.»

¿Que chocó?... ¡Qué raro!... ¡Con las que ven pasar por allí a diario!...

✂ ✂ ✂

Un cronista dice que el verano se presenta sereno.

¿Le ha visto usted el chuzo?

✂ ✂ ✂

«Estamos encerrados en un círculo vicioso.»

Pues si comprende usted que es vicioso, dése inmediatamente de baja como socio.

✂ ✂ ✂

«El problema de la concentración está en pie.»

Pues que se eche..., que se eche sus cuentas el Sr. García Prieto para cuando comiencen las Cortes.

✂ ✂ ✂

«El despacho está tapizado de damasco, y es un asombro.»

Claro, el Asombro del damasco.

✂ ✂ ✂

«Sustanciosas palabras de Melquides Alvarez.»

¿Sustanciosas? ¡Pues al cocido con ellas!

✂ ✂ ✂

«El ministro de Fomento quiere un estado demostrativo de la langosta.»

¿Cómo la quiere? ¿Con mayonesa, o a la vinagreta?

✂ ✂ ✂

*— ¿De modo que Paquito se ha distanciado mucho de su novia?

— Sí; dice que ella es una visión.

— ¿Y qué?

— Que ahora está de moda la visión a distancia.

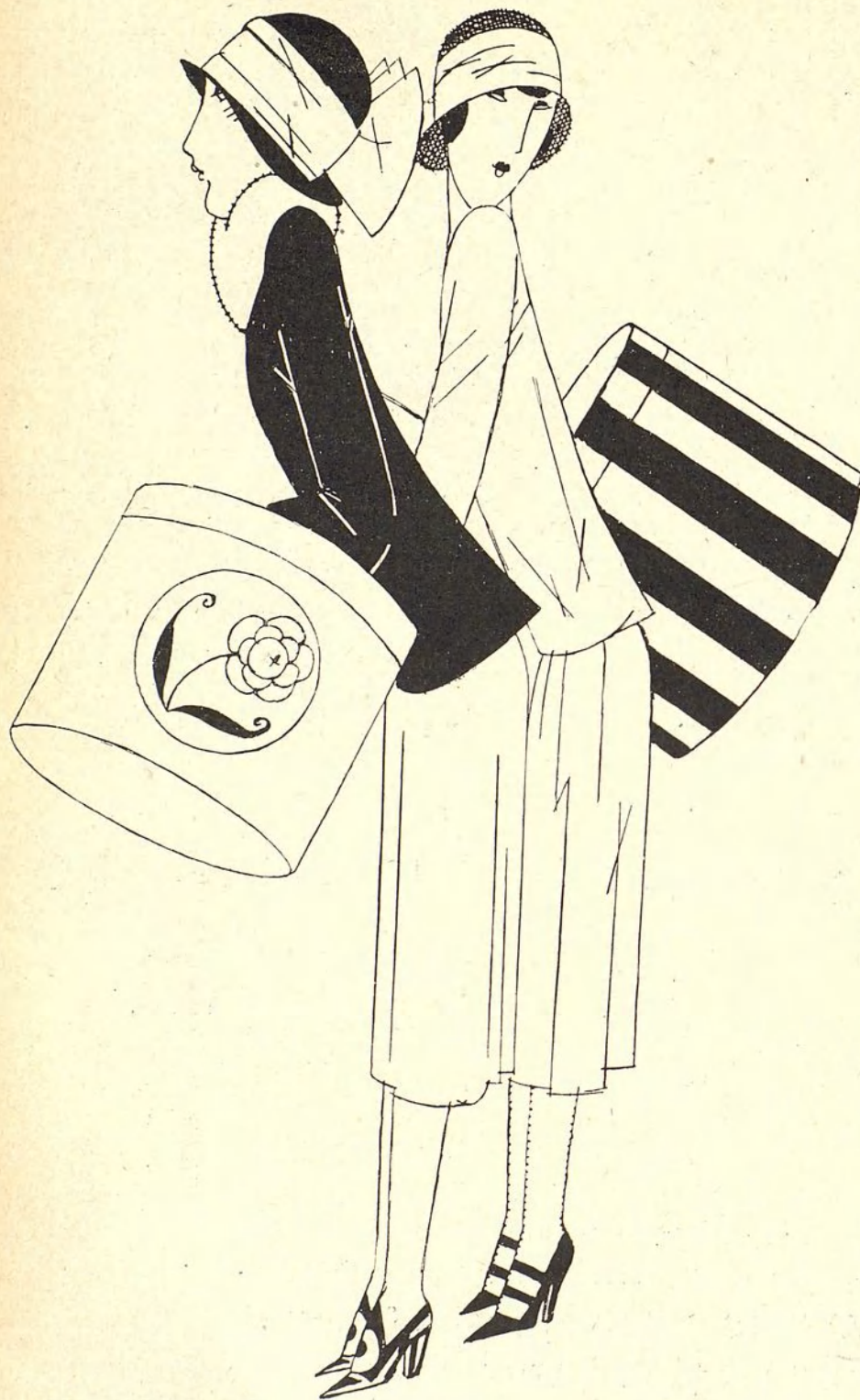
✂ ✂ ✂

Se va a hacer la nueva Casa de la Moneda.

Nosotros preferiríamos que se hiciera más moneda.

Aunque el local para la confección fuese inmundo.

— Tiene un catarro Felipe,
y en curarlo se desvive.
— Pues bien lo podrá curar
si toma Jarabe Orive.



Dib. TONO. — Madrid.

— ¿Has visto Mimi qué bien se conserva?

— Sí; está tan tea como hace siete años.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— No, gracias. Tengo bastante con una caña.

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS: HEROUARD

He aquí un humorista bien francés. Un aventajado discípulo de aquella vieja galosería que encarnaba en el Enrique IV de los grabados alegóricos, con su barba puntiaguda, su risa, que les desnudaba los dientes, y que, alzando con una mano la copa siempre vuelta a llenar, hundió la otra en el corpiño de Gabriela, buscando los senos siempre palpitantes de amor. Un descendiente legítimo de los gozadores sin prejuicio, que paseaban su licencioso júbilo en la abadía imaginada por Rabelais.

Parece que toda la obra de Herouard está impregnada de la zumbona indolencia carnal, del jocundo sensualismo de un thelemita. Diríase que él se escondía como un rapazuelo precoz detrás de Gargantúa, cuando el buen gigante daba la bienvenida a los galanes rijosos y a las damas gustosamente asequibles:

«Cy entrez, vous, et bien soyez venus, et parvenus, tous nobles chevaliers. Cy est le lieu où sont les revenus bien advénus: afin qu'entretenus grands et menus, tous soyez à milliers.»

«Cy entrez, dames de haut parage, en franc courage. Entrez-y bon heur; fleurs de beauté, à celeste visage, adroit corsage, à mainte et prude et sage en ce parage est le séjour d'honneur.»

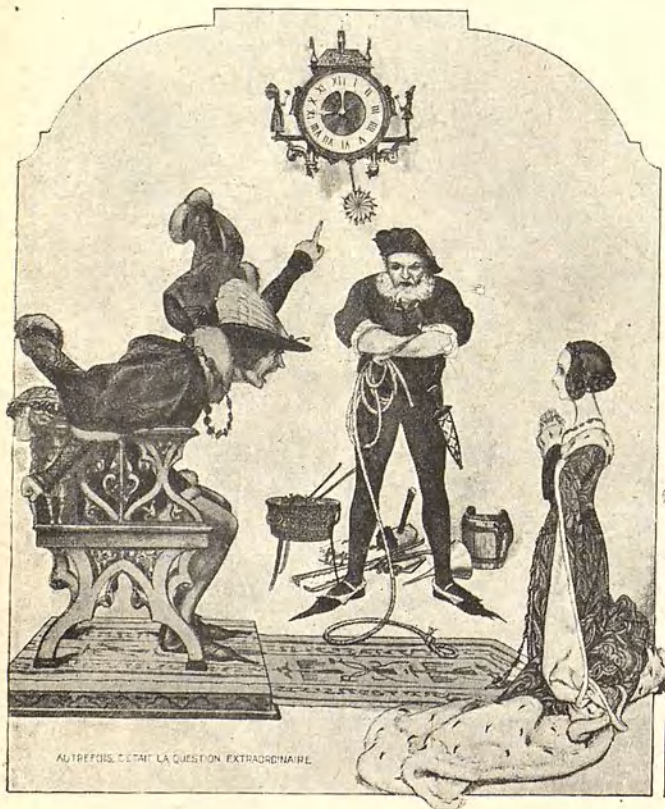
Porque seguramente fué entonces cuando aprendió ese arte de satirizar el amor fácil sin despojarle de sus encantadores derechos; cuando le cautivó para siempre la afición a las costumbres y los indumentos de otra época, y esa obsesión de las mujeres desnudas en medio de los vestidos suntuosos y las pródigas riquezas. Anduvo libre y sagaz a lo largo de las horas rabelesianas, un poco después que Jules Garnier, a quien Armand Silvestre consagró tan deliciosos comentarios como deliciosos dibujos consagrara él a la *Abbaye de Thélème*.

«Todos hemos tenido en el espíritu nuestra abadía de Thélème—dice Silvestre en la obra *Le nu de Rabelais*—. Cuando las horas melancólicas de la vida colegial, cuando la virilidad se mustia tristemente sin poder confiar al cielo, a las estrellas, a los árboles, al aire libre

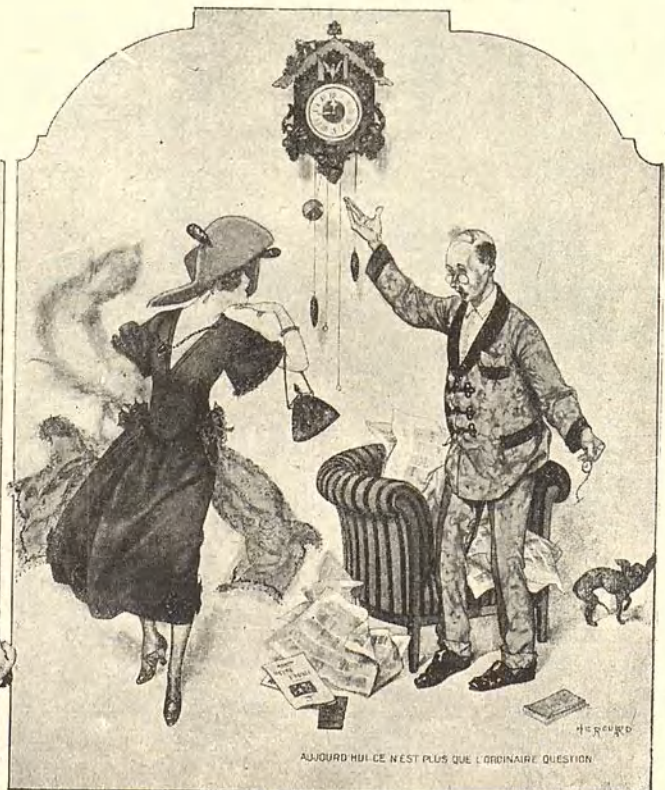
sus oscuros sufrimientos, como una flor sin sol, recuerdo haber evocado visiones semejantes a esta de la abadía, donde pasaban mujeres desnudas, engalanadas sólo con su gracia antigua, que paseaban por espléndidos jardines, sintiendo el roce de las alas de pájaros y mariposas, o viviendo como las ninfas de los idilios, voluptuosamente frívolas en la frescura de las fontanas y los lagos.»

Herouard lleva esa visión de adolescente de todos los siglos o de fraile glotón del siglo XVI a las publicaciones galantes del siglo XX. Sus episodios picarescos, sus comparanzas satíricas, sus evocaciones de otros días mejores dan, por ejemplo, a *La Vie Parisienne* ese inconfundible sabor rabelesiano que ha de ser el peso brillante y ácido de la raza mientras Francia exista.

Sus damas de *haut parage*, en *franc courage*, valen bien por las morfinómanas y deportistas de otros compañeros suyos en la amable tarea de soliviantar pensamientos masculinos. Pero ha de ser a con-



AUTREFOIS, C'ÉTAIT LA QUESTION EXTRAORDINAIRE.



AUJOURD'HUI, CE N'EST PLUS QUE L'ORDINAIRE QUESTION.

AYER: LO EXTRAORDINARIO

HOY: LO HABITUAL

Ayuntamiento de Madrid



1620.—EL HOMBRE DE CALIDAD

1920.—EL HOMBRE DE CANTIDAD

dición de no situarlas de un modo anacrónico. Herouard no puede competir con los René Vincent, los Leonnec, los Tousaine, los Icart, los Fontan o la desenvuelta Gerda Wegener en la espiritualidad ultracivilizada de las mujercitas modernas. Precisa las toaletas complicadas de ayer, los fondos históricos, las alusiones directas y coetáneas a los poetas y prosistas del XV al XVIII.

Nadie sino Herouard podía ser el intérprete de esas encantadoras narraciones libertinas en el buen sentido rabelésiano que Raymond de Rigné atribuye a los thelemitas de ahora, pero que reproducen pasiones y pasionetas de otros tiempos. Pocas obras contemporáneas se han ilustrado con tanta bella riqueza imaginativa, con tan alegre desenfado o tal ímpetu romancesco. No se podrá hablar ya de Herouard sin recordar *L'Abbaye du Bel Amour*, donde él se totaliza íntegro con toda la virtualidad estética de su arte.

Los lectores de *La Vie Parisienne* debían hojear este libro por cómo les afianzaría en la estimación a Herouard. Le verían superarse, concretarse, alcanzar ese nivel de plenitud expresiva y emocional, solamente presentido en los comenta-

rios gráficos para las revistas frívolas.

«Conocido de un vasto público —dice Raymond de Rigné— por su colaboración en las hojas infamadas de M. Paul Bureau, es aquí (1) donde revela mejor sus dotes excepcionales de castizo francés: precisión, tacto, elegancia, armonía, claridad. Es aquí donde su arte adquiere el verdadero sentido. Los thelemitas que no temen la alegría en la prosa, tampoco la temen en la pintura. Pero mientras los artistas licenciosos rebuscan los asuntos conducentes a la voltereta—¡oh los columpios odiosamente pornográficos!— y los tratan con el arte despegugado que conviene, los thelemitas extraen el delicado humor de la crisis por que atraviesan los virtuosos corazones. Tratan las situaciones escabrosas que tienen buen fin. Ese concepto moral requiere una perfecta idealización de la forma.

»Alabemos, por lo tanto, a Herouard de haber comprendido con tanta justeza el alma thelemita y el revelar al mismo tiempo el verdadero espíritu de su genio. Amante apasionado de la Edad Media y de las bellas formas, es uno de los que

(1) *L'Abbaye du Bel Amour*.

pueden luchar victorioso contra la siniestra farsa de *l'art avancé*, bolchevismo intelectual que practica el aborto de las líneas y se entrega a la fornicación de los colores. ¡Arte alimentado por una clientela de aficionados imbéciles! ¡Y a pesar de ello vivimos en un país que ha dejado a Edmundo Dulac—un puro tolosino—marcharse a Inglaterra!»

Sin compartir del todo la opinión de Raymond de Rigné, hay en los párrafos anteriores una certera semblanza de la sensibilidad y de la ideología de Herouard y se hace bien en afiliarle indirectamente en el grupo de los dulaquistas, por su escrúpulo compositivo, su pericia técnica y sobre todo por su desligamiento de la vida moderna en su ansia de las épocas extinguidas.



Francis Carco, naturalmente, se muestra menos entusiasta de Herouard. Con esa sutil ironía de los franceses que roen su nacionalismo sin propósito de socavarle demasiado, con ese matiz ingenioso que valora las alabanzas y los dictérios sin la violenta y acre hostilidad destructiva antinacionalista de nosotros, los españoles, Francisco Carco sitúa a Herouard entre la ale-

gría de los escuadrones y el taller de una modista.

«Todos hemos leído—dice en su obra *Les Humoristes*—los anuncios de un hebdomadario ilustrado donde oficiales, suboficiales y soldados solicitaban madrinas de guerra, deseándolas del «género Herouard». Esta preferencia no sorprenderá a nadie. En efecto: si hay una criatura hecha según la deseaba Nietzsche para descanso del guerrero, es esta parisiense con la cara bonita de una muñeca de cera, con el cuerpo a la vez esbelto y redondito y cuyas medias de seda tienen más seda que carne.

»La ropa interior siempre ha seducido a los militares. Y el señor

Herouard es el maestro irrefutable de la bonetería y de las telas íntimas. Nadie como él expresa las espumas de las camisas, los moarés del tafetán, los imponentes dobles del terciopelo. Su heroína es siempre la misma. Igual con el traje de la castellana balzaciana del *Pecado Venial*, o con el verdugado, si tiene el seno en forma de manzana, del siglo XVIII, o las clavijas enlazadas de la Restauración. Ha fijado su mirada y su sonrisa para siempre. Está gentilmente orgullosa de verse tan bien vestida. Incluso desnuda conserva el orgullo de su guardarropa, porque cuando su dibujante no la puede tapar del todo, tampoco desaprovecha la ocasión de

enseñarnos sus vestidos junto a ella y de entregarse a los lindos efectos de los pliegues, los encañonados y las alforzas.»

Un poquito cruel esta segunda semblanza, y demasiado laudatoria la otra, deduzcamos de ambas el justo medio para Herouard: el de un nieto de Rabelais que se divierte vistiendo a las francesas de hoy con la indumentaria pretérita y desvestiéndolas del todo, porque una mujer desnuda no tiene otra edad que la de su cuerpo.

Pero siempre con esa dignidad en la voluptuosidad que no suelen tener todos los humoristas galantes de la áspera España.

José FRANCÉS

LA REFORMA DEL "REFRANERO"

¿Has notado en anteriores artículos, preciosísima lectora o simpaticote lector, que yo soy un hombre serio?

Por si no lo has notado, te lo advierto. Yo soy lo que se dice un hombre serio. No sé lo que es reír a carcajadas; y si algo me divierte, hago un gesto tan raro con la boca, que unos creen que me sonrío y otros piensan que me estoy enjuagando.

Colocado el jalón de mi seriedad—¡ejem!—, paso a asegurar que, como es lógico, los estudios serios me entusiasman; y de esta afición mía ha nacido el concienzudo y suculento trabajo que va a continuación.

La *Paremiología* es una ciencia tan maravillosa que atufa un poco. El refrán es antiguo como el mazapán de Toledo. Se hallan refranes en la *Biblia*, en los Evangelios, en las epístolas de San Pablo, en los libros de San Jerónimo, San Cipriano, San Agustín, Quinto Curcio, Arcipreste de Hita, Santillana, el Pinciano, Cervantes, etc., etc. Los refranes son la experiencia condensada.

Pero estos refranes, aun cuando constituyen una antología de la sabiduría popular, están anticuados, o son falsos, o no expresan bien su idea. En su consecuencia, ducho en Paremiología, me he impuesto la reforma del *Refranero*. Ahora bien: como éste es más largo que el Misisipi, me limitaré a reformar los refranes más conocidos y que más necesitan de arreglo.

Manos a la obra.

«De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga.»

Este refrán, de fondo admirable, tiene una forma fea, desagradable, muy poco delicada. La palabra *barriga* es detestable. Debe reformarse de esta manera:

«Si cumples la cuarentena y vas a Hendaya, debes quedarte en la arena de la playa.»

Adelante.

«A mal tiempo, buena cara.»

A este refrán le falta la forma poética, cualidad indispensable para un refrán. Además, peca de poco literario. He aquí la reforma:

«Del temporal que fulgura, chunguéate con dulzura.»

¡Qué preciosidad! ¿Eh? Ahí va otro. «Después de muerto, ni viña ni huerto.»

Aquí está plasmada la inutilidad del vivir y la nulidad de la muerte. Pero necesita mayor concisión; por ejemplo:

«Después que un hombre la diña, no le sirve ni su viña.»

¿No está así mucho más claro? ¡Pues claro! Otra muestra:

«Amores reñidos son los más queridos.»

Este refrán es falso, más falso que un



Dib. CARIÑO. — Madrid.

— ¿Eres tú de este regimiento?
— Sí, señor.
— ¿A qué batería perteneces?
— A la de cocina.

Ayuntamiento de Madrid

paraguas de algodón. Cuando dos enamorados regañan es que no se quieren. Eso se sabe ya hasta en Belchite. ¿Cómo han de amarse dos individuos en bronca vitalicia? Este falso refrán es muy antiguo. Y atendiendo a su antigüedad, lo he reformado en alejandrinos rimados por la «cuaderna vía», metro antiquisimo. Obsérvese cuánta observación hay en él:

«Si chillas a tu novia, o es ella quien te chilla, si tenéis a menudo escándalo o rencilla, el día que te cases con tu linda costilla sabrás de las caricias de toda la vajilla.»

¡Cuántos hombres y mujeres casados me darán una ovación! Otro refrancito y también amoroso:

«A quien ama feo, hermoso le parece.»

Cierto; certísimo. Pero esta idea magnífica necesita el ropaje purpúreo de la poesía. He aquí la reforma imaginada:

«Aunque sea la amada coja y fea, para quien la ama es Pallas Athenea.»

El refrán ostenta así un clasicismo que tumefacta. Sigamos:

«— ¿Cuánto me quieres, Magdalena?

»— Conforme al dinero que tengas.»

Este refrán quiere indicar lo interesante que es la mujer. Mas como en nada puede generalizarse, resulta exagerado y falso. No todas las mujeres son interesantes; pero la que lo es hace la pasqua al marido, verdaderamente. Así es que el refrán debe reformarse de esta manera:

«Si a tu amada interesa tu dinero, coge el exprés y vete al extranjero.»

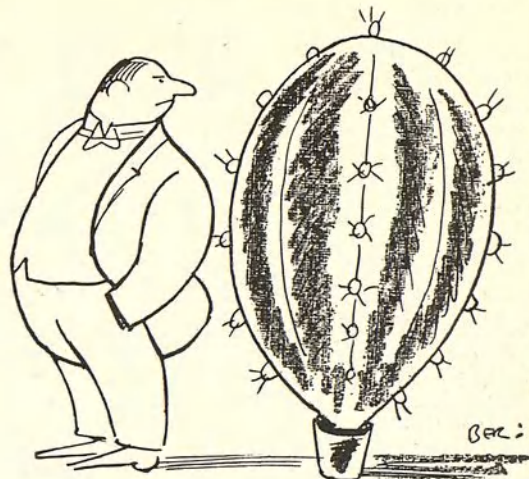
Consejo nada despreciable, como se puede suponer. Otro ejemplito:

«Manos blancas no ofenden.»

Caballerosísimo refrán, que nos ordena aguantarnos si una dama nos sacude un cate. Estamos de acuerdo en seguir tal conducta; pero al refrán le



Antes de la boda, el novio ve así a la dueña de sus pensamientos.



A los diez años de matrimonio, la flor, ¡ay!, no presenta el mismo aspecto.

Dib. FERGSTRON. — Estocolmo.

falta una segunda parte, que puede ser ésta:

«Manos blancas que pegan un zurrido, no ofenden, pero dejan malherido.»

Porque las hay que pegan más fuerte que el sindetikón. Continuemos avanzando:

«A hombre gordo, amor fofo.»

¿Quiere decir este antiguo refrán que a los obesos les está prohibido el amor o que aman con excesiva grasa? No se sabe. Pero conviene arreglarlo al gusto moderno, como los dramas de Lope y de Calderón:

«Si de gordo cual Fatty te acreditas, sólo podrás amar con fattyguitas...»

Lo cual es muy lógico. Prosigamos: «Más vale un toma que dos te daré.» ¡Gran verdad! Pero, ¡ay!, también es falso. Vale más un toma, ¡qué duda cabe! Mas ¿quién es en el planeta el que dice toma? Yo no conozco a nadie que lo diga... Reforma al canto...:

«Ofrecer nos ofrece el más avaro; pero el que alfoja un duro es un ser raro.»

Adelante:

«A gran subida, gran caída.»

Este refrán es exactísimo: cuanto más se sube, más se cae. Pero estaría dicho más elegantemente así:

«Quien cae desde una colina, se hace al caer fosfatina.»

Continuemos:

«Contigo, pan y cebolla.»

¡Abominable refrán! Quiere decir que a dos enamorados les basta con pan y cebolla. Pero convengamos en que los enamorados a quienes baste con eso, serán dos tíos ordinarios. ¿Quién es ca-

paz de hablar de amor, después de haber comido cebolla, con lo que repite?... ¡Qué horror! Hero, Julieta, la dulce Ofelia, oliendo a cebolla... ¡Pobre Leandro, pobre Romeo! (1). Además, en estos tiempos, en que para vivir hay que andar a trastazos con las pesetas, ese refrán ya no va. Debe reformarse diciendo:

«Si no tienes pesetas suficientes para vivir con auto y con pianola, no te cases; pues basta que lo intentes, para que hagas, lector, el indianola.»

Como se ve, el refrán adquiere en esta forma un modernismo casi ultraista.

Otro botoncito:

«Pasión ciega razón.»

Esto quiere decir que el amor absorbe de tal manera, que turulatea al más equilibrado. Pero debe reformarse el proverbio para darle una mayor claridad. Por ejemplo:

«Todo el que se enamora, no lo nota; pero se vuelve al poco tiempo idiota.»

¿Eh? ¡Con qué sencillez de codorniz se da idea de la memez reconcentrada que asalta a los flechados por Cupido!...

Otra muestra:

«El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso.»

¡Paradójico refrán! Vamos por partes. El oso no tiene hermosura ni fealdad; se le mire por donde se le mire, siempre es un oso. Y en cuanto a esos hombres feos que taconeán por ahí, que parece que de pequeños vivieron en un bote de calamares, esos no son hermosos aunque lo digan mil proverbios. Lo cierto es que el hombre guapo no le

(1) No me refiero a Leopoldo, sino al de Shakespeare.

gusta a nadie; y de aquí que el refrán debe reformarse así:

«El hombre que hermosura en su faz lleva, o parece un Sofía, o un Genoveva.»

Que es lo que les pasa a todos los bonitos: que de bonitos que son —¡ay!— se escabechan.

Y ahí va el último refrán de hoy:

«Amor y calentura, en la boca se asegura.»

Lo cual indica que el amor se mide con los labios; pero conviene que esto esté muy claro, para abrir los ojos a las parejas enamoradas, y lo reformo también:

«Amante de algún tiempo que no besa, o es tonto, o se ha criado en una artesa.»

¿Estamos de acuerdo?...

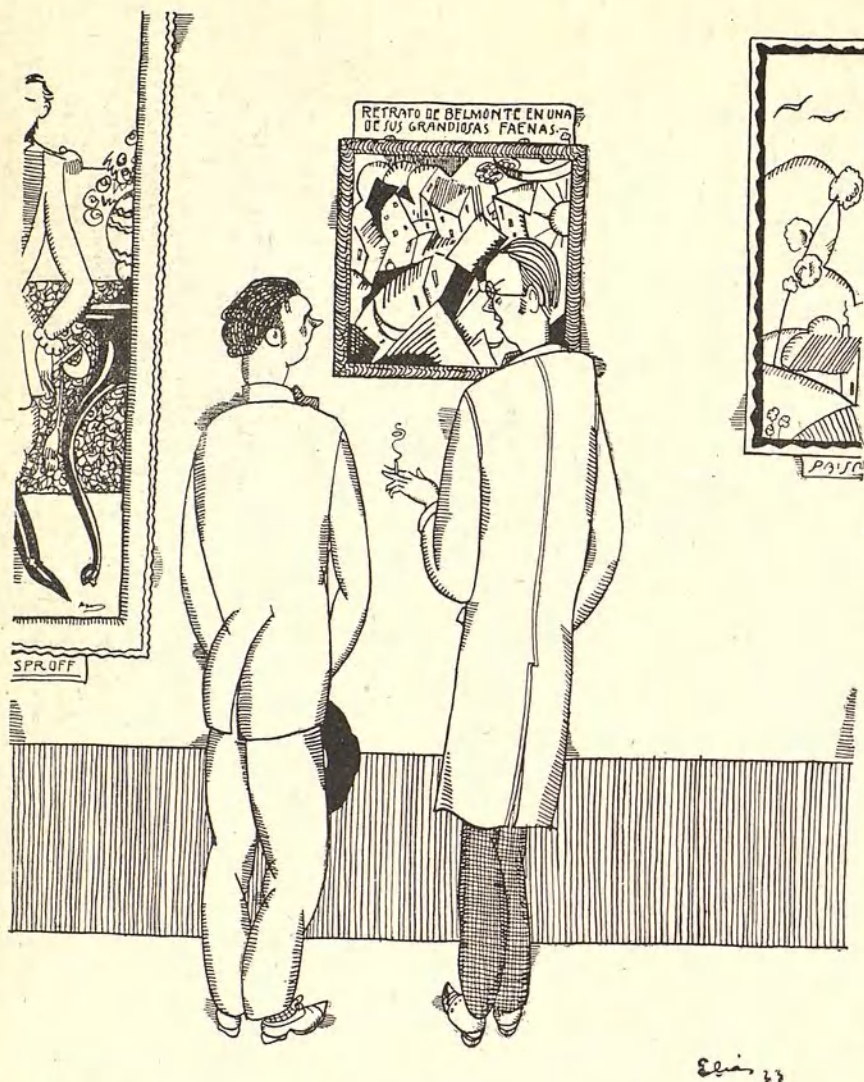


Y concluyo aquí de reformar el Refranero, porque me acaban de avisar por teléfono de la Academia de la Lengua diciéndome que, enterados del mérito apabullante de mi trabajo, me ofrecen ocupar el sillón de la letra jota, que está vacío.

No puedo seguir, después de esta noticia. Estoy tan nervioso, tan excitado, que me baila la habitación en que me hallo, me baila la pluma entre los dedos y, lo que es peor, me baila la jota.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA





CUBISMO

Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

— ¡Hombre, yo, si he de decirte la verdad, no veo a Belmonte ni al toro por ninguna parte!...

— Olvidas que le llaman Terremoto.

EN VOZ ALTA EL DRAMA DE MACATRÚ

Macatrú, el gran dramaturgo Macatrú, el incomprensido Macatrú, ha conseguido acorralar al director artístico del primer teatro de la corte y le lee su formidable drama *Sordo, ciego y covado*.

El director artístico tiene cara de difunto.

Macatrú ha abierto su mamotreto y ha comenzado:

— Al alzarse el telón aparece en es-

cena una señora de avanzada edad, partida en dos por un tabique...

— ¿Por un tabique?...

— Sí, la escena. Es que tiene dos habitaciones...

— Bien; siga.

— En la habitación de la derecha, en el testero de enfrente, hay colgado un cuadro en el que se ve un diablo con su Mefistófeles y todo...

El director artístico abre los ojos des-

mesuradamente; pero Macatrú sigue impertérrito la lectura de su formidable drama. Dos horas y media de suplicio. Al fin termina.

El director artístico no sabe cómo sacudirse al animal de Macatrú, que le exige la representación de *Sordo, ciego, etcétera*, en breve plazo.

El director del teatro lo convence de que su formidable drama está superior; pero quedaría impecable (vocablo de procedencia malacitana) si lo redujese a dos actos.

— ¿A dos actos dice usted? — pregunta Macatrú.

— Sí, señor. En dos actos; lo representamos, y se viene abajo el teatro.

Ante la perspectiva de tal catástrofe, Macatrú sale disparado del despacho del director artístico, el cual se frota las manos de satisfacción. ¡Desgraciado! No sabe el dinamismo de Macatrú. ¡Al día siguiente, a la misma hora, lo tiene con su formidable drama reducido a dos actos! ¡Y se los lee! ¡Y se repite la escena!

— Está superior, ¡superior!; pero quedaría estupendo en un acto solo. ¡Sólo en un acto! ¿Eh? Así la acción queda más condensada, y no quiero decirle la sensación en el público. Habrá que instalar botiquín de urgencia para los espectadores que se accidenten... Que si se accidentarán, en cuanto lo estrenemos...

¡El calvario del genio! Macatrú ha reducido su drama a un acto y ni aun así, con la escena de la señora vieja partida en dos por un tabique, logra que se lo representen.

Duele el decirlo, pero así es.

Macatrú se ha visto obligado a reducir el acto en que ha condensado su drama a un vodevil de los que representaba la *Chelito*. Y ha alcanzado un gran éxito.

Macatrú ha visto representar su drama, convertido en vodevil picaresco, y cobra de la Sociedad de Autores. Es necesario reconocer la habilidad de Macatrú, que con un mismo asunto hace un drama o un vodevil.

Pero la tragedia de Macatrú fué cuando, a poco de su éxito vovodilesco, una tarde le dijo un limpiabotas que había visto su obra y que le había gustado mucho.

— Pues eso que tanto te ha gustado lo he escrito yo — le dijo Macatrú inflado.

— ¿De usted?...

— Sí, mío.

El limpiabotas hace un gesto de admiración. ¡Se encuentra ante el genio creador! ¡Ahí es nada! Y le dice:

— ¿De usted es esa obra, de usted?...

¿Pero usted escribe para la *Chelito*?...

— Ya usted ve...

— ¡Pues menudo drama en tres actos — le dice el limpiabotas — ha podido usted hacer con ese asunto!...

TRISTÁN ALEGRÍA



¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL DENTISTA, por Max y Alex Fischer

El 1 de octubre empecé a sufrir de las muelas. Decidí operarme sin tardar.

Cuando me dirigía a la oficina, en la calle de Châteaudun, vi una placa de mármol en el quicio de una puerta, que decía: «Carpentier, cirujano dentista»; y me dije: «Juniot, amigo mío, acuérdate del número de esta casa. Tienes que venir a ver a monsieur Carpentier esta misma tarde.»

A las seis, en la calle de Châteaudun, a la puerta del inmueble que ocupa monsieur Carpentier, medité, un poco perplejo: «Juniot, amigo mío, el caso de un dentista es grave. Tú no sabes quién es ese Carpentier. ¿Será prudente entregarle tu dentadura?»

Ocho días después mi dolor de muelas era mucho más fuerte. Al ir a la oficina entré en una farmacia y rogué al boticario que me diese las señas de un buen dentista. Me indicó un cierto mon-

sieur Mathieu, calle de Amsterdam, número 8. «Juniot, amigo mío, me dije, eso ya es otra cosa. Tú irás a enseñarle tus muelas a monsieur Mathieu esta misma tarde.»

A las seis, en la calle de Amsterdam, al subir las escaleras del inmueble que ocupa monsieur Mathieu, me detuve, perplejo: «Juniot, amigo mío, ¿será prudente ponerse en manos de un señor que te ha recomendado un farmacéutico? Si este farmacéutico recomienda a monsieur Mathieu a sus clientes, no quiere decir que monsieur Mathieu sea un excelente dentista. Lo más que prueba, simplemente, es que monsieur Mathieu recomienda ese farmacéutico a sus clientes.»

Ocho días después, mi dolor de muelas era intolerable. Había que ver a un dentista necesariamente. Consulté una guía de París, y empecé a leer los nombres de todos los dentistas parisien- ses: Aaron... Allard... Averteot... Bachmann (Caballero de la Legión de Honor)... «Juniot, amigo mío, me — dije otra vez —, Bachmann... ¡Bachmann, ca-

ballero de la Legión de Honor!... Digan lo que digan, las condecoraciones no se otorgan al primero que llega. Monsieur Bachmann te contará entre el número de sus clientes esta misma tarde.»

A las seis estaba sentado en el sillón mecánico del gabinete del doctor Bachmann. Armado de sus instrumentos, el doctor Bachmann empezó a operar mi dentadura.

Me dijo:

— ¿Juniot?... ¿Se llama usted Juniot, no es eso? No me es desconocido ese apellido. ¿No había un pariente suyo en Saint-Privat el diez y ocho de agosto de mil ochocientos setenta?... Entonces era yo sargento del ciento veintiseisite... Fué en ese campo de batalla donde recibí la cruz por mi heroica conducta delante del enemigo...

Retiró su mano derecha de mi boca.

— Mire usted, tengo desde aquel día dos dedos mutilados por una bala prusiana... ¡Oh!... Si no fuese por esto... ¡sería yo el mejor dentista de París!...

A. R. H.

LOS SERMONES DE UN PADRE VIRTUOSO

No se trata de fray Gerundio de Cam-pazas, que inmortalizó la pluma del ilustre Feijoo. Nos referimos a un padre predicador, más ampuloso que el primero y de una severidad tan grande que deja en mantillas al inquisidor modernista, que quiere *torrar* a los asiduos al Palacio...

Y este padre predicador, más virtuoso que Senante y más pobre que Romanones, apostrofaba también con iracundia a los pobres de espíritu. Clamaba

contra descotes y pinturas; contra polvos de arroz y polvos de patata; odiaba las colonias y perfumes, símbolo, decía, de corrupción y debilidad.

Tan sólo una cosa se salvaba de sus dicerios y de sus gritos: la pasta dentífrica Sanolán.

Y es que hasta los fanáticos más cerrados de mollera reconocen que no tiene igual este maravilloso preparado para la higiene de la boca y conservación de la dentadura.

¡NOVIAS!

Si quieren, su equipo de boda y ajuar de casa será gratis : - : Pidan catálogos e instrucciones a los
ALMACENES **GASPAR** OLIVAR, 1
APARTADO 7.005 MADRID - 7.ª

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Por no reunir las condiciones necesarias para su publicación, hemos rechazado los originales siguientes:

Siete de Carranque; cinco de Xafaima; cuatro de M. y G. R. S.; tres de Goncè, A. M., Leal y Dolfos; dos de Bonastre, Criado, Sérvulo, Joffre y García; uno de Mani, Godínez, Roberto, Carazo, Breva, A. G. P., Bonó, Jackson, Argimiro R., Orbegoso, Doneli, Pinilla, Bi, Ayom, Puebla, S. S. T., Domingo, T. de C., J. G. B., R. G. G. de A., J. R. C. A., A. M. C. A., y Lecea.

Alberto V. Almendres, Tercio de extranjeros de la representación de Cuta, es el que hoy quiere *madrina de guerra*. Nos da el corazón que la va a conseguir.

Chaparradi. Bilbao. — Se publicará.

D'Acige. — Bien; pero un poco largo y fraudante lo de *Una aclaración*.

A. C. de F. — Cuando haya un huequito...

J. C. Valencia. — Peor, naturalmente, que el original.

E. E. de V. — Se publicará cuando se pueda.

Judex. Madrid. — Haga otras cosas.

A. T. — Se publicará *El destino manda*.

Fulano. Avila. — Un poco de paciencia. Tenemos siempre muchas cosas que contestar. Se publicará.

P. G. D. Sevilla. — ¡Parece mentira que a un agente de Policía se le ocurra robar..., aunque sólo sea el asunto de un cuento del dominio público!

Tirilla. Madrid. — Son muy fuertes esas *Notas de sociedad*, ¡hombre!

V. C. A. Sevilla. — Sin importancia ninguna. Hacemos como que no nos da-

mos cuenta de eso de querer rimar *Mattos* con *actos*. Es un poco atrevido y expuesto... a las iras del público.

Inocentillo y Trivial. Carrión de Calatrava. — Nada más que eso. Otra vez procuraremos servirle, como hemos dado ordenes de hacerlo a la Administración en el asunto de los números que se extravían. Si nos envía usted una botella, encantados de la vida.

G. de O. Zaragoza. — Para calcar mal los dibujos que *aprovecha*, es usted un *hacha*.

E. R. F. de M. Valladolid. — Aunque el asunto del charlatán de feria no es nuevo, hay detalles afortunados y, en general, soltura y gracia. Puede usted seguir trabajando. Alguna vez...

F. B. L. Albace. — Es usted un clásico. *Lo único* está mejor, con mucho, que *El arte de medrar*. Pero, lo dicho, es usted demasiado clásico, y eso en nuestros tiempos no es una virtud.

Una Morena y Una Rubia. — ¡Por Dios! ¡Unos chistes tan *viejismos*! ¡Con las ganas que tendríamos de hacerles un favor!..

G. J. Madrid. — No tiene usted idea de estas cosas.



Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Mira. Madrid. — Sí, señor, se lo publicamos a usted con mucho gusto, y hasta le conservamos la puntuación, para que vea...

«EXTRACTO DE UNA COMEDIA

»ELENA.

»Era una niña angelical, que recostada en un diván, con voz placida y ligera; se quejaba de su mal.

»TEODORA.

»La madre que la escuchaba, solicita preguntaba, que te duele, son los ojos es la cabeza, dime ya dime que es:

»ELENA (con voz bronca).

»No madre son los callos que no me los he cortado.»

El trompeta Julio Puebla y los soldados Manuel Bravo, Francisco Mojedano y José Tueros, los cuatro del regimiento de Cazadores de Alcántara, de Caballería, tercer escuadrón, Melilla (campamento de Kandussi), quieren *madrina de guerra*. ¡A ver!

Rómulo y Remo. Madrid. — Menos letra *redondilla* y un poquito de apretar, pues hay condiciones. *Una plancha* más mejor que el otro, y hace esperar más. Desechen los chistes malos, inútiles en una narración humorística, pues desvían el interés de la acción. Procúrense asuntos nuevos siempre, trabajen, lean... ¿Hemos dicho algo? Bueno, pues ¡a otra cosa!

Lupercio. Barcelona. — Comprendemos que es muy lógica su queja; pero ¿qué le vamos a hacer? En la página que disponemos para este objeto no podemos contestar todo lo rápidamente que desearíamos. Un poco de paciencia. Sobre nosotros llueven los originales de una manera torrencial.

A. M. Monóvar (Alicante). — Muy bien; pero ajeno completamente al carácter de nuestra revista.

F. C. M. Zaragoza. — No sirve. Lo sentimos mucho.

J. G. — Lleva usted toda la razón; pero es inevitable.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solanol

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza** Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y kachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

Dib. RAMIREZ.— Madrid.

- Retírese, pollo; mire que mi novio es campeón de boxeo y peligran sus narices.
— ¡Cal! No tema, señorita. ¡Yo soy campeón de cross...!